

## Conutridores del Carisma: los laicos y laicas maristas

Eder D'Artagnan Ferreira Guimarães<sup>1</sup>

Orientadora: Prof<sup>ra</sup> Dr<sup>a</sup> Adalgisa Aparecida Oliveira Gonçalves<sup>2</sup>

### RESUMEN

El artículo investiga la vivencia laical del Carisma Marista, destacando sus elementos específicos desde la experiencia de 26 participantes del Curso de Animadores Laicales, realizado por el Secretariado de Laicos del Instituto Marista en 2015. La Epistemología Cualitativa de González Rey fue utilizada como referencia para analizar los datos. Las informaciones fueron agrupadas en tres zonas de sentido: misión, espiritualidad y vida compartida, desde las cuales se discute el lugar y rol de los laicos en la misión marista; los rasgos de la espiritualidad marista que marcan las vivencias y prácticas de fe laicales; los espacios y dinámicas de vida compartida; las características que, según el grupo, identifican el laicado; el sentido de reconocerse como marista laico; y las contribuciones de los laicos para la vitalidad del Carisma Marista. Según la investigación, la vida laical marista, resulta de un llamado vocacional personal, que estructura un estilo de vida peculiar, compromete a los laicos en la misión, demanda interacción con los Hermanos, confiere sentido de pertenencia institucional, favorece la realización personal, desenvuelve la corresponsabilidad por la vida del Instituto y aporta contribuciones para la relación entre Hermanos y Laicos, la vitalidad de la misión, los procesos formativos y el diseño de futuro para el mundo marista. Los laicos y laicas son comprendidos como conutridores del Carisma, neologismo creado con el sentido de nutrir conjuntamente y para explicitar que ellos no sólo alimentan en él su vocación, misión, espiritualidad y opciones de vida, sino que también le aportan vitalidad, crecimiento y perennidad.

**Palabras claves:** Laicos. Laicado marista. Instituto Marista. Carisma Marista. Champagnat.

### ABSTRACT

The article investigates the laical experience within the Marist charism, highlighting its specific elements according to 26 participants of the Lay Animators Course conducted by the Secretariat of Laity of Marist Institute in 2015. The González Rey's Qualitative Epistemology was used as reference to analyze the data. Information has been grouped into three zones of sense – mission, spirituality and shared life –, from which it is discussed the place and roles of the laity into the Marist mission; traces of the Marist spirituality that mark the lay experiences and practices of faith; the spaces and dynamics of sharing life; the characteristics which identify the laity,

---

<sup>1</sup> Coordinador del Laicado en la Provincia Marista Brasil Centro-Norte

<sup>2</sup> Profesora y coordinadora de los cursos de Extensión y de Pos Graduación *lato sensu* de la Escuela de Comunicación y Artes en la Pontificia Universidad Católica de Paraná – PUCPR

according to the lay people; the meaning of recognizing oneself as a lay Marist; and the lay contributions to the vitality of the Marist Charism. According to the research, the lay Marist life emerges from a vocational calling that structures a peculiar lifestyle, commits the laity into the mission, demands interaction with the Brothers, gives sense of institutional belonging, promotes personal fulfillment, develops the co-responsibility for the life of the Institute; and adds contributions to the relationship between Brothers and Laity, to the vitality of the mission, to the formation processes and to design the future to the Marist world. The lay persons are understood as co nurturers of the charism, a neologism created with the meaning of joint nurturing and to clarify that they not only feed in it their vocation, mission, spirituality and life options, as well add to it vitality, growth and perpetuity.

**Keywords:** Lay people. Marist laity. Marist Institute. Marist charism. Champagnat.

## RESUMO

O artigo investiga a vivência laical do Carisma Marista, destacando seus elementos específicos a partir da experiência de 26 participantes do Curso de Animadores Laicais, realizado pelo Secretariado de Leigos do Instituto Marista, em 2015. A Epistemologia Qualitativa de González Rey foi utilizada como referência para analisar os dados. As informações foram agrupadas em três zonas de sentido – missão, espiritualidade e vida partilhada –, a partir das quais se discute o lugar e papel dos leigos na missão marista; os traços da espiritualidade marista que marcam as vivências e práticas de fé dos leigos; os espaços e dinâmicas de partilha de vida; as características que, na visão do grupo, identificam o laicato; o sentido de reconhecer-se como marista leigo; e as contribuições dos leigos para a vitalidade do Carisma Marista. Segundo a pesquisa, a vida laical marista resulta de um chamado vocacional pessoal que estrutura um estilo de vida peculiar, compromete os leigos na missão, demanda interação com os Irmãos, confere sentido de pertença institucional, favorece a realização pessoal, desenvolve a corresponsabilidade pela vida do Instituto e aporta contribuições para a relação entre Irmãos e Leigos, a vitalidade da missão, os processos formativos e o desenho de futuro para o mundo marista. Os leigos e leigas são compreendidos como conutridores do Carisma, neologismo criado com o sentido de nutrir conjuntamente e para explicitar que não apenas alimentam no Carisma sua vocação, missão, espiritualidade e opções de vida, como também lhe aportam vitalidade, crescimento e perenidade.

**Palavras-chave:** Leigos. Laicato marista. Instituto Marista. Carisma Marista. Champagnat.

## 1. Introducción

Durante casi toda la historia marista, el Carisma fue considerado un bien perteneciente a los Hermanos, a quienes cabía vivirlo y mantenerlo vivo. Desde el Concilio Vaticano II, cuya eclesiología definió un lugar activo para el laicado en la Iglesia, el Instituto Marista ha valorizado

la presencia de los laicos en la vida y misión maristas, a tal punto que hoy no se concibe la continuidad del Instituto sin la contribución laical. Es todavía más reciente el reconocimiento de que los laicos y laicas maristas son personas vocacionadas que se identifican con el Carisma recibido por Champagnat y lo viven obviamente desde la vida laical, con un estilo diferente al de la vida religiosa institucional, propia de los Hermanos.

Pero ¿qué significa reconocer que los laicos también viven el Carisma Marista? Está puesta la cuestión de la diferencia, una vez que la vida consagrada y la vida laical tienen dinámicas distintas y cada una se desarrolla en espacios y tiempos también distintos. Si, por un lado, la relación de los Hermanos con el Carisma se da a partir de la tradición que moldó su estilo de vida desde el inicio del Instituto, los Laicos y Laicas lo viven en las esferas profesional, familiar, comunitaria, eclesial, religiosa, cultural, sociopolítica y también marista. Si el Carisma es el mismo, pero vivido en opciones de vida distintas ¿qué hay de específico y de común en esas vivencias? ¿Qué matices las experiencias de los laicos aportan a la misión, a la vida comunitaria y a la espiritualidad marista? ¿Cómo los laicos elaboran y dan sentido a su vivencia de un Carisma nacido de un instituto religioso?

Hay muchas producciones con foco en la vida y misión de los Hermanos Maristas, pero muy pocas con foco en los laicos maristas, hasta porque el laicado es un fenómeno relativamente reciente en la historia del Instituto. Por ello, este artículo se propone investigar la vivencia laical del Carisma Marista, haciendo relación con la vida marista de los Hermanos, pero destacando las experiencias, percepciones y perspectivas específicas de los laicos.

Para eso fue realizada una investigación con un grupo de participantes del Curso para Animadores Laicales, promovido por el Secretariado de Laicos del Instituto Marista, del 19 de mayo al 02 de junio de 2015, en la Casa General, en Roma, con la intención de “capacitar laicos y laicas para asumir responsabilidades en la animación de los procesos formativos laicales en el ámbito local, provincial e internacional”. Participaron 55 laicos y laicas directamente involucrados en la animación laical de 27 Unidades Administrativas (UA's), o sea, Provincias y Distritos Maristas. Después del curso, los participantes recibieron un cuestionario en formato Google.docs en tres lenguas: portugués, español e inglés, con preguntas sobre su vivencia del Carisma. La participación fue espontánea.

Fueron respondidos 26 cuestionarios, de 09 laicos y 17 laicas de 19 Unidades Administrativas: Distrito del Paraguay, Provincia Marista de Rio Grande do Sul<sup>3</sup> y Brasil Centro-Sur (Cono Sur y Brasil); Norandina, América Central, México Occidental, México Central, Estados Unidos y Canadá (Arco Norte); Europa Centro-Oeste, Ibérica y Compostela (Europa); África Austral, África Centro-Oeste y Distrito de Madagascar (África); Asia Oriental (Asia); Australia y Distritos del Pacífico y Melanesia (Oceanía).

El análisis de los datos fue fundamentado en la Epistemología Cualitativa, que define la subjetividad – su elemento más esencial – como un “sistema complejo capaz de expresar, a través de los sentidos subjetivos, la diversidad de aspectos objetivos de la vida social que confluyen en su formación” (González Rey, 2005, p. 19). Las percepciones de los sujetos, mismo no objetivas, posibilitan comprender objetivamente un fenómeno. Según el autor, el conocimiento es una construcción humana posibilitada por la definición de zonas de sentido, que son los espacios de inteligibilidad producidos por la investigación científica y es resultado tanto de los datos recolectados con los sujetos, como de la organización epistemológica utilizada por el investigador para sistematizarlos.

Como el Instituto Marista define los laicos desde las dimensiones de la misión, vida compartida y espiritualidad, estas tres zonas de sentidos fueron la referencia para analizar los datos obtenidos, confrontando la concepción institucional con el sentido atribuido por los laicos a su propia vivencia marista.

## **2. El Instituto Marista después del Concilio Vaticano II**

Para comprender el lugar de los laicos en el Instituto Marista, es necesario retomar la eclesiología del Concilio Vaticano II (1962-1965): la Iglesia es el Pueblo de Dios formado igualitariamente por el clero, vida consagrada y laicado, expresando vocaciones y ministerios específicos, aunque unidos por la misma dignidad bautismal (cf. LG 30). El espíritu conciliar pidió a la Iglesia un *aggiornamento*<sup>4</sup> de su identidad y misión, de manera de retomar sus orígenes, dialogar con el mundo contemporáneo y encontrar en él su lugar. Según Botana (2005, p. 11-12), el Concilio dejó a toda la Iglesia “una tarea complicada y nada fácil: sustituir un sistema eclesial representado por la pirámide, por otro sistema basado en el círculo, y éste horizontal;

---

<sup>3</sup> La Provincia Rio Grande do Sul y Distrito de Amazonia se han tornado la Provincia Marista Brasil Sul Amazonia en diciembre de 2015.

<sup>4</sup> Literalmente, “traer para los días de hoy”.

pasar de una Iglesia definida como ‘sociedad perfecta’, perfectamente jerarquizada, a otra Iglesia definida como ‘comunidad’”.

Las Congregaciones e Institutos de Vida Religiosa vivieron ese tiempo de manera paradójica: a medida que retomaban sus fuentes fundacionales y se re-posicionaban en el mundo contemporáneo, dialogando con el nuevo contexto sociopolítico, económico, cultural, eclesial y religioso, enfrentaban una enorme evasión de religiosos y religiosas, que no consiguieron asimilar esos cambios. El Instituto Marista, así como otros de Vida Consagrada, tuvo en esa época la mayor cantidad de Hermanos y, desde entonces, ese número sólo disminuyó. El laicado, al contrario, comenzó a desarrollar su formación, organización y participación eclesial y social en un movimiento creciente a lo largo de las décadas siguientes.

En el Instituto Marista, el XVI Capítulo General – CG (1967-1968), realizado con la intención de responder al llamado de *aggiornamento* del Concilio, comenzó a darle más énfasis al tema Carisma y, consecuentemente, a las cuestiones de identidad y misión, que fueron profundizadas en los Capítulos siguientes. Es en ese contexto que se da el movimiento de actualización de la identidad institucional y de la finalidad apostólica del Instituto. La comprensión de Carisma, fundamental para el *aggiornamento* propuesto por la Iglesia, se va adecuando a la nueva realidad eclesial y mundial en la que el lugar y misión de los Hermanos son reflejados a la luz del Concilio y de los cambios por los cuales pasa el propio Instituto. Así se diseña la nueva comprensión de vocación, identidad y misión de los Maristas contemporáneos así como del Carisma que les dio origen.

Mientras el XVII CG (1976) estuvo más preocupado con las nuevas Constituciones, aprobadas *ad experimentum* para presentación a la Santa Sede, el XVIII CG (1985) también destacó el tema de la misión marista y suele ser recordado, principalmente en lo que respecta al laicado, por la elaboración del proyecto de vida del Movimiento Champagnat de la Familia Marista (MCFM). El Capítulo siguiente (XIX, 1993) trae dos novedades significativas: la presencia de laicos y laicas invitados para esta asamblea, de la cual participaban hasta entonces sólo los Hermanos, y el reconocimiento de “la fuerte llamada a compartir con los seglares nuestra espiritualidad y carisma, lo cual enriquece nuestra [de los Hermanos] propia experiencia” (Actas del XIX CG, II.10). Los capitulares afirmaron creer que “participamos del carisma de Champagnat y estamos llamados a interpretarlo hoy, allí donde nos encontremos, en unión con los seglares” (ídem, II.20); para eso, asumieron el compromiso de “transmitir el carisma y la

espiritualidad marista a los laicos y aceptar que nos enriquezcan con su manera de vivir la vocación cristiana” (ídem, V.34).

Cabe destacar que hasta entonces el camino era unilateral, una vía única de los Hermanos en dirección a los Laicos. La relación de reciprocidad se esboza a partir del XX CG (2001), que reconoció como señal de vida el Carisma de Marcelino difundido por el Espíritu de Dios en muchos laicos “que se sienten atraídos por su proyecto y que comparten nuestra misión, nuestra espiritualidad y nuestra vida” (Documento del XX CG, 10). Los capitulares acogieron el llamado a “profundizar en nuestra identidad específica de hermanos y de laicos, al compartir vida: espiritualidad, misión, formación...” (ídem, 26), en vista de ensanchar el espacio de la tienda del Instituto para acoger al laicado marista. Existe entonces la comprensión de que el Carisma no pertenece al Instituto, sino a la Iglesia, especialmente después de la canonización de San Marcelino Champagnat, dos años antes. En el discurso de cierre del Capítulo, el Hno. Seán Sammon, electo Superior General, afirmó:

Nuestro carisma marista es don del Espíritu a la Iglesia. Viviendo nuestra vida consagrada dentro del Instituto tenemos la responsabilidad especial de estimar y promover este carisma, que ya no nos pertenece exclusivamente a nosotros ni al Instituto. Su propio hogar está entre el Pueblo de Dios. (Instituto de los Hermanos Maristas, 2001)

El XX CG demandó también la realización de foros internacionales de la misión marista (Documento final, 48.6), que originó la I Asamblea Internacional de la Misión Marista (AIMM), realizada en 2007, en Mendes, provincia de Rio de Janeiro, Brasil. 156 Hermanos y Laicos de 54 países se reunieron por primera vez para reflexionar conjuntamente sobre la misión marista en el mundo contemporáneo. Entre las cosas a destacar: la afirmación de la identidad evangelizadora del Instituto; la profundización del *Advocacy*, la defensa de los derechos de los niños y jóvenes, asumida como la cuarta dimensión de la misión marista en 2010, y la utilización de la expresión “Maristas de Champagnat” para designar simultáneamente Hermanos, Laicos y Laicos Maristas. Las reflexiones de la AIMM tuvieron eco en el XXI CG (2009), realizado dos años después y precedido por dos importantes documentos: la Circular *Dar a conocer Jesucristo y hacerlo amar* (2006), sobre la misión y la vida apostólica marista contemporánea, y *Agua de la roca* (2007), sobre la Espiritualidad Marista.

Este Capítulo General mantuvo la presencia de laicos convidados y reconoció como llamada fundamental, el sentimiento de ser “impulsados por Dios a salir hacia una nueva tierra, que facilite el nacimiento de una nueva época para el carisma marista”. De esta forma definió tres urgencias, siendo una de ellas la construcción de “una nueva relación entre hermanos, laicos

y laicas, basada en la comunión, buscando juntos una mayor vitalidad del carisma marista para nuestro mundo”, considerando que el futuro del instituto es visto “como una comunión de personas en el carisma de Champagnat, donde nuestras vocaciones específicas se enriquecerán mutuamente” (XXI CG, p. 36).

A lo largo de este tiempo de reflexión y madurez de la identidad contemporánea del Instituto, hubo cambios crecientes en relación al laicado: en los años 1960 se habla de colaboradores, aquellos que estaban en las escuelas junto con los Hermanos y allí contribuían con la educación marista; en la década siguiente, la expresión “familia marista” incluye a los familiares de esos colaboradores en las actividades de integración, formación y celebración; en los años 1980, tuvo inicio el Movimiento Champagnat, como modo de agrupar los laicos que deseaban profundizar su vivencia del Carisma; el documento *Misión Educativa Marista*, publicado en 1998, define la evangelización como referencia de un camino conjunto y de misión compartida entre Hermanos y Laicos (Secretariado de Laicos Maristas, 2012).

Estaún (2012, p. 7) profundiza la utilización de la expresión “familia marista” en las circulares de los Hermanos Leónida, Superior General de 1946 a 1958, y Charles Raphaël (1958-1967) y en los escritos del Hno. Virgilio León, “que intuyó horizontes inopinados para la familia marista de la que fue apóstol y propagador”. Según el autor, el sentido de la expresión se fue ampliando: primeramente se refería a la familia religiosa marista, los cuatro ramos de la Sociedad de María; después designaba a los familiares de los novicios, también responsables por su fidelidad vocacional; y finalmente pasó a incluir “personas no vinculadas por compromisos jurídicos o legales, sino por la sintonía que sentían con el carisma, la espiritualidad y la misión de los Hermanos” (Estaún, 2012, p. 42-43). Es con este sentido que el Instituto considera los laicos y las laicas, algunas décadas después, especialmente en los años 2000, cuando la evolución fue más rápida: “ensanchar el espacio de la tienda” (XX CG, 2001), para que Hermanos y Laicos estén juntos y en comunión; después, “familia carismática”, reconociendo que los laicos, más que colaboradores en la misión, viven el Carisma desde el estado de vida laical; actualmente, la vocación laical es reconocida y se discute la posibilidad de vinculación y pertenencia de los laicos y laicas al Instituto. Según Botana (2005, p. 11-12), la fuerza de la familia carismática no proviene de una relación de dominación y fuerza, “como sucedía en épocas pasadas, sino de la comunión entre las diversas instituciones y grupos, la comunión puesta al servicio de la misma misión y enriquecida ésta por los carismas particulares de cada grupo”. O, en el caso del Instituto Marista, esta fuerza está en la vivencia del Carisma original como familia marista, constituida por Hermanos, Laicas y Laicos.

Las expresiones utilizadas a lo largo de esas décadas revelan los cambios de concepción sobre los laicos y su lugar en el Instituto, hasta el documento *En torno a la misma mesa*, sobre la vocación de los laicos maristas de Champagnat, elaborado conjuntamente por Hermanos, Laicas y Laicos. Aquí se encuentra un resumen preciso sobre la situación contemporánea del laicado marista: “La realidad parece indicar que no sólo necesitamos *ensanchar la tienda* del Instituto, sino construir juntos una tienda nueva, donde todos, laicos y hermanos, encontremos nuestro lugar” (EMM, 145).

### 3. El Carisma Marista y el laicado hoy

Según Estaún (2012, p. 32), el Hno. Virgilio León “intuye la familia marista como una comunión de personas nacidas de la fecundidad de un carisma recibido a través de María y Marcelino”. El Carisma es teológicamente comprendido como “una gracia funcional comunicada por el Espíritu Santo a un miembro o a un organismo de su Iglesia, y éste la emplea en una actividad específica para el bien del Cuerpo Místico (Rom 12,14; Ef 4,11-12; LG 45)” (Moral Barrio, 2012, p. 207). Hay una relación vital entre el Hermano Marista y el Carisma recibido por el P. Champagnat: a través de las generaciones de Hermanos, el espíritu del fundador llegó hasta los Maristas de hoy (*Circulaires*, T. 24, p. 78) y el Carisma original “vive y se prolonga en el tiempo y en el espacio a través de la institución, desde los comienzos del Instituto hasta nuestros días” (Moral Barrio, 2012, p. 208).

Para el Hno. Seán Sammon (2006, p. 28), Carisma “se entiende como un don que el Espíritu concede libremente para el bien de la Iglesia y el uso de todos”. Paredes (2014, p. 41) complementa que el carisma “no es solamente una tarea a realizar (atención a los pobres o tareas educativas o de salud), sino, sobre todo, una forma de sentir nuestro Dios y sentirnos delante de Él” y es reconocido “como un don del Espíritu que heredamos y que ahora se expande entre nosotros”. Green (2014) señala ese movimiento de expansión en Champagnat:

Las diferentes formas con las que [Marcelino] respondió a este amor, lo que podríamos llamar su carisma personal, no sólo inspira a otros y les atrae para hacer lo mismo, sino que se estaba articulando y desarrollando por ellos de manera coherente y característica. (Green, 2014, p. 10).

Actualmente, el Instituto Marista comprende este don desde cuatro componentes: la manera de ser y una pedagogía propia; la espiritualidad; la misión; y los modos de vivir como Maristas de Champagnat. La *manera de ser* es definida por los valores de la simplicidad,



humildad y modestia, y la *pedagogía*, por los rasgos de la presencia, simplicidad, amor al trabajo, espíritu de familia y a la manera de María. La *espiritualidad marista* es apostólica, centrada en Jesucristo y vivida en la misión, y mariana, inspirada en la manera de cómo María vivió su discipulado misionero. La *misión* comprende cuatro dimensiones: Educación, Evangelización, Solidaridad y *Advocacy*, la defensa de los derechos de los niños y jóvenes. Todo esto es vivido con similitudes e peculiaridades, por *Hermanos, Laicas y Laicos*, conforme su vocación y contribución directa con la vitalidad del Carisma. Los cuatro componentes definen la identidad institucional, pues explicitan quienes son los Maristas, por qué existen, cómo viven y cómo desarrollan su misión cristiana.

También, según el Hno. Seán Sammon, el Carisma ofrecido para la Iglesia y al mundo por intermedio de San Marcelino Champagnat es más que el trabajo que hacemos, la espiritualidad que cultivamos o las cualidades de nuestro Fundador: es la acción del Espíritu de Dios, queriendo actuar en cada Marista para que tenga el coraje, la visión prospectiva y la osadía que hicieron al P. Champagnat soñar el Instituto Marista como Buena Noticia para niños, adolescentes y jóvenes. Él finaliza: “El Espíritu que se manifestó de manera tan activa en nuestro fundador suspira hoy por vivir y alentarnos dentro de nosotros” (Sammon, 2006, p. 45).

Esta es una visión inclusiva sobre el laicado. Reconocer que también se vive el Carisma Marista como laico es una novedad, porque desde el inicio, el Instituto fue llevado adelante por los Hermanos, cuya vida y misión eran indisolubles. Aunque el Instituto tenga inicio en un grupo apostólico actuando en escuelas, alrededor de 1820 estos jóvenes ya se veían como “no sólo una escuela normal, sino también una comunidad religiosa sumisa a un superior; no un grupo apostólico con múltiples funciones parroquiales, sino una comunidad con vocación docente” (Lanfrey, 2014, p. 160). Quiere decir, vocación, opción fundamental y apostolado estaban imbricados orgánicamente en la vida de los primeros Hermanos. Cuando se afirma que los laicos viven el Carisma como los Hermanos, pero en otra opción de vida, ¿cuáles son los entrelazamientos?

Primeramente, es necesario comprender quienes son los laicos. Según la Iglesia, son “los fieles incorporados a Cristo por el Bautismo, tornados participantes, a su modo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo” y que “ejercen por la parte que les toca, la misión de todo el Pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo” (LG 31). El documento de la Conferencia de Aparecida complementa el concepto explicitando el campo específico de la actividad evangelizadora laical: el complejo mundo del trabajo, de la cultura, de las ciencias y de las artes,

de la política, de los medios de comunicación y de la economía, así como las esferas de la familia, de la educación, de la vida profesional, sobre todo en los contextos donde la Iglesia se hace presente solamente por ellos (DA, 174).

De ahí se llega al concepto de laico marista. Así como en la Iglesia hay fieles que participan del servicio religioso y los laicos que asumen su vocación laical y contribuyen activamente con la misión evangelizadora, el Instituto cuenta con colaboradores y laicos. Los colaboradores son profesionales que “muestran buena disposición para desempeñar sus tareas debidamente, pero no tienen interés, o tienen poco, en hacer suya la visión de Marcelino o su espiritualidad” (Sammon, 2006, p. 55); su contribución con la misión es técnica, en el sentido de que desarrollan una actividad profesional necesaria para la continuidad de la misión institucional.

Los laicos y laicas también contribuyen profesionalmente – o como voluntarios – con la misión del Instituto, pero van más allá, puesto que son “cristianos y cristianas que hemos escuchado en nuestra vida la llamada de Dios para vivir el carisma de Champagnat y, desde el estado de vida laical, respondemos a ella” (EMM, 12). La respuesta implica un compromiso con las tres dimensiones fundamentales cristianas y maristas: la misión, la vida compartida y la espiritualidad. Estas dimensiones, que integran la vocación y la opción de vida de Laicos y Hermanos, son “inseparables: la espiritualidad se vive en y para la misión; la misión crea y anima la vida compartida; la vida compartida es, a su vez, fuente de espiritualidad y de misión” (EMM, 34). Las tres son, por lo tanto, claves para comprender la relación entre los laicos y laicas maristas y el Carisma, teniendo como referencia principal la historia construida con los Hermanos, pero abordando específicamente la vivencia laical contemporánea.

#### **4. Los laicos y laicas en la misión marista**

Primeramente es necesario comprender que la misión marista es un desdoblamiento de la misión cristiana y ésta, según Brighenti (2006), engloba dos trinomios imbricados uno en el otro. El primero es *Jesucristo-Discípulo-Misión*: “el discipulado remite al Maestro – Jesús de Nazaret – y la misión, a la continuidad de su obra”, siendo que “no hay misión implícita ni explícitamente cristiana, que no sea continuidad de la obra de Jesús, en la historia, bajo el dinamismo del Espíritu de Pentecostés”. El segundo trinomio es *Iglesia-Reino de Dios-Mundo*: “no hay Iglesia sin Reino de Dios y fuera del Mundo, de la misma forma que no hay Reino de Dios fuera del Mundo al cual pertenece la Iglesia”. Por ello evangelizar

es mucho más que una mera proclamación del *kerigma*. Antes que eso es un proceso de pasaje de situaciones menos humanas para más humanas, a través del testimonio (*martyría*), del anuncio (*kerigma*), de la catequesis (*disdaskalia*), de la formación teológica (*krísis*), de la celebración en la liturgia de aquello que se espera (*leitourgía*), del servicio, en especial a los más pobres (*diakonía*), en espíritu de comunión con los hermanos en la fe (*koinonía*). (Brighenti, 2006).

De esta forma, el discipulado cristiano se da “en vista de una misión en el mundo, dado que la Iglesia existe para el mundo como continuación de la obra de Jesús, que consistió en hacer presente y cada vez más visible el Reino de Dios en la historia” (ídem). La misión marista es una manera específica de dar continuidad a la misión cristiana y los Maristas de Champagnat son, en primer término, discípulos de Jesús. Dar a conocer Jesucristo y hacerlo amar entre los niños, adolescentes y jóvenes, especialmente los más pobres, fue la manera como Champagnat comprendió, en su tiempo, la necesidad de encarnar el Evangelio en las realidades rurales de Francia. Esa misión es desarrollada hoy en las escuelas, obras sociales, universidades, centros de juventud y comunidades eclesiales, además de iniciativas realizadas en otros espacios y áreas de actuación. La presencia de laicos y laicas en esos espacios es evidente, incluso ejerciendo funciones estratégicas y de gestión, las que, hasta hace un tiempo atrás, eran exclusivas de los Hermanos.

Es importante destacar que la misión tiene un sentido más profundo que el mero desempeño de funciones laborales. El primer decreto de la Iglesia sobre la misión laical, *Apostolicam Actuositatem* (1965), afirma que “el apostolado de los laicos, una vez que emana de su propia vocación cristiana, jamás puede dejar de existir en la Iglesia. La propia Sagrada Escritura demuestra abundantemente cuan espontánea y fecunda fue tal actividad en los preludios de la Iglesia (cf. Hch. 11,19-21; 18,26; Rom 16,1-16; Fil 4,3)”. En la visión de Turú (2015, p. 4) “no decimos que la Iglesia o el Instituto marista tienen una misión, sino que la misión tiene una Iglesia, que la misión tiene al Instituto Marista, que la misión me tiene a mí y te tiene a ti”. Por ello, la contribución de los laicos y laicas sólo puede ser comprendida bajo el prisma de la misión cristiana desarrollada en los espacios-tiempos maristas.

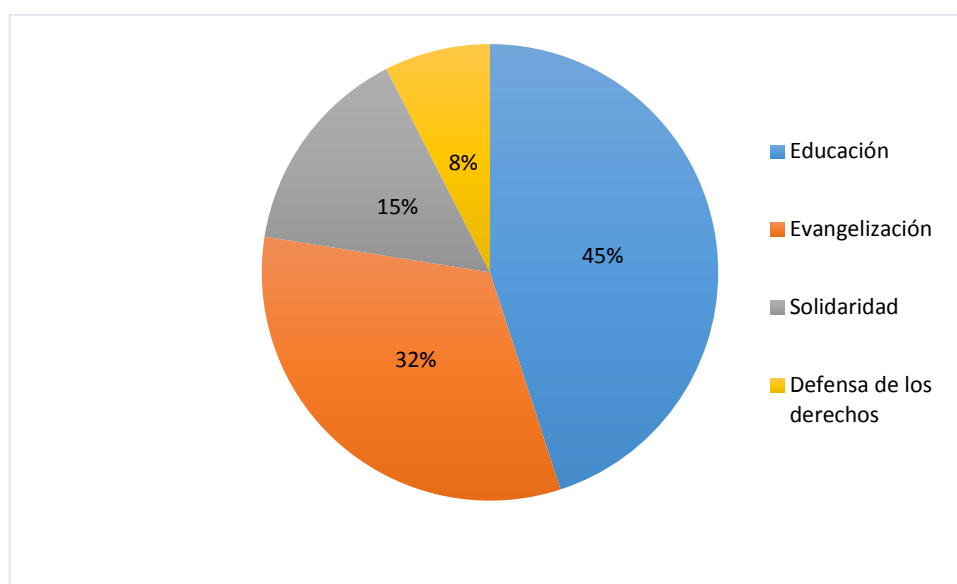
Así, es interesante conocer los lugares donde los laicos están, en la misión marista, con quién actúan directamente y cuál es concretamente su contribución con la misión del Instituto.

#### 4.1 Los lugares de la misión

La presencia de laicos y colaboradores en la misión marista es la parte más visible de la vivencia laical del Carisma, pues la actuación profesional es la puerta de entrada para muchos hombres y mujeres descubrirse laicos maristas. Todos los participantes de la investigación reconocen su trabajo como parte de la misión del Instituto, pero ese entendimiento es resultado de su vivencia como laicos y laicas maristas. La contribución profesional con la institución no se constituye, por sí sola, como misión marista. Esta es comprendida en la perspectiva de la misión cristiana, de identidad eclesial del Instituto y del sentido comunitario que involucra Hermanos y Laicos en la continuidad del apostolado iniciado por Champagnat.

Preguntados sobre su involucramiento con las dimensiones de la misión, el grupo respondió lo siguiente:

Gráfico 1: Involucración de los laicos con las dimensiones de la misión marista



Fuente: El autor

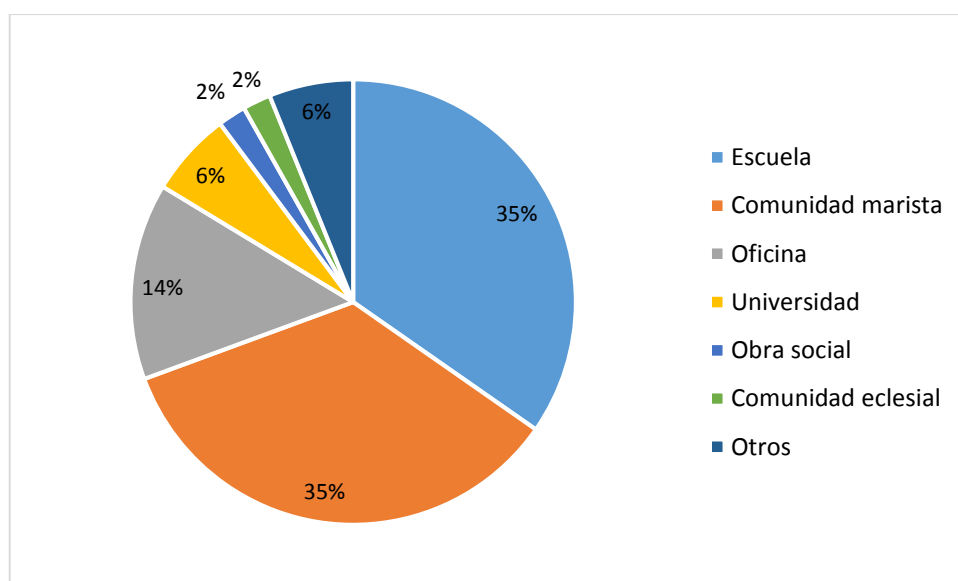
Salta a los ojos la diferencia en el involucramiento con las dimensiones. Hay razones para ello. Primero, la división en dimensiones es más didáctica que práctica: dada la identidad eclesial del Instituto, nos es posible estar involucrado con educación y solidaridad maristas, por ejemplo, sin transitar también por la evangelización. Después, las escuelas, primer *lócus* de la misión

marista, continúan siendo su principal espacio en la gran mayoría de las UA's; las unidades sociales, mantenidas con recursos obtenidos de escuelas y facultades o de entidades asociadas, suelen existir en menor número. El *Advocacy*, por su parte, fue la última área de actuación a ser reconocida como parte de la misión marista; hasta 2010, sólo se consideraban a las otras tres.

Además de eso, la actuación en la defensa de los derechos se da más en espacios públicos, como los foros y consejos de derechos, de lo que específicamente maristas. Así es comprensible que muchas UA's hayan avanzado menos en la actuación en espacios de control social e incidencia política. Finalmente, hay cuestiones relacionadas al formato de la investigación – los participantes podían marcar más de una opción; 10 marcaron solamente “educación” y 5 solamente “evangelización”, los otros 11 marcaron dos o tres opciones.

Además de identificarse con cada dimensión, el grupo informó el lugar desde donde contribuyen con la misión, conforme muestra el siguiente gráfico:

Gráfico 2: Espacios donde los laicos desarrollan la misión marista



Fuente: El autor

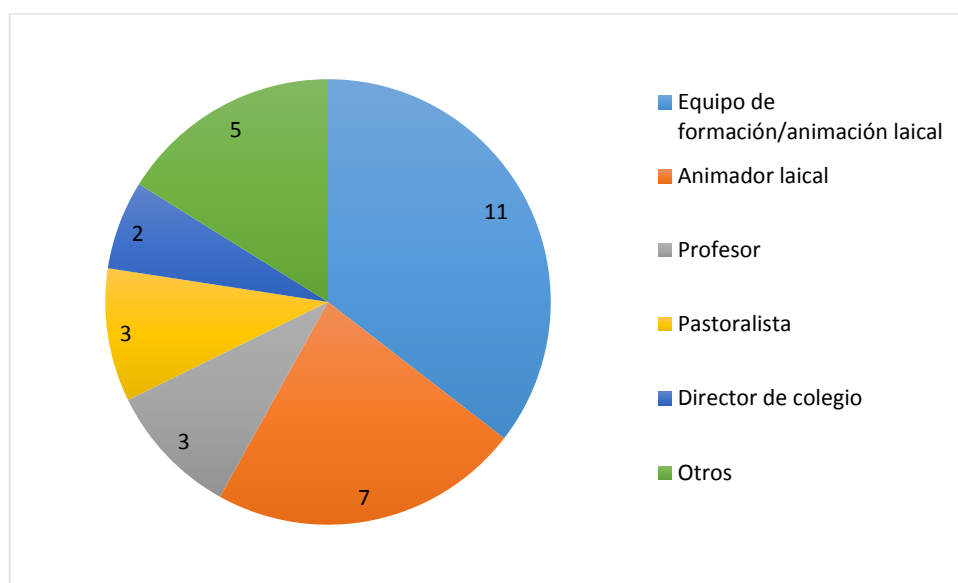
Dado el porcentaje de participantes que actúan en las escuelas, tiene sentido que la dimensión más señalada sea la educación. El grupo encuestado tiene una gran interacción con el espacio escolar, en funciones de docencia, gestión, pastoral y formación institucional y

carismática. Están igualmente en la comunidad marista, tanto en el sentido de comunidad religiosa como el espacio más amplio en torno del cual están los Hermanos, Laicas y Laicos. Los que indicaron “oficina” se refieren a la instancia central de las provincias; son, en su mayoría, responsables por la animación, formación y acompañamiento de los laicos. Pocos están en las universidades y obras sociales, que son minoría en comparación con las escuelas de educación básica. A pesar de esa diversidad de espacios, aparece como elemento común el involucramiento con los procesos provinciales de animación laical.

Aunque llame la atención el poco énfasis en la participación eclesial, informaciones posteriores revelan la presencia de laicos en ese espacio comunitario. Como la pregunta era sobre el lugar donde desarrollan la misión, con la posibilidad de marcar dos respuestas, el grupo destacó que el campo de actuación predominante son los espacios maristas y que la participación eclesial fuera de ellos se da más como participantes que como líderes. Los laicos que marcaron la opción “otros” se refieren a estructuras propias de la UA, sin equivalentes en otras, como “sectores provinciales” y “estructura canónica”.

Además de los espacios de actuación en la misión marista, los laicos fueron preguntados sobre la función que desempeñan en la Provincia/Distrito y respondieron de esta forma:

Gráfico 3: Funciones en la Unidad Administrativa



Fuente: El autor

La mayoría del grupo integra los equipos provinciales de animación laical, sea en la función específica de animador/a laical o acumulando trabajo en las escuelas con la formación, animación y acompañamiento de los laicos a nivel provincial; en ese caso, marcaron dos respuestas. La relación entre las funciones desempeñadas, el involucramiento con las dimensiones de la misión y el lugar donde ejercen su ministerio muestra la complementariedad entre esas informaciones: como la mayoría es referencia local de vivencia laical del Carisma, también está comprometida con instancias más amplias, donde puede animar y acompañar los procesos laicales.

Es interesante percibir que el trabajo de animación laical suele ser relacionado directamente a la evangelización, pero la investigación revela laicos desempeñando diversas funciones en las escuelas y en otros espacios maristas. La identificación con el Carisma y el testimonio de vivencia marista, desde el lugar en donde actúan, los llevan a contribuir con las instancias responsables por la animación de los laicos. La vivencia laical es condición para las funciones relacionadas a este trabajo, lo que es coherente; ¿cómo animar procesos vocacionales laicales sin haber hecho personalmente esa opción de vida?

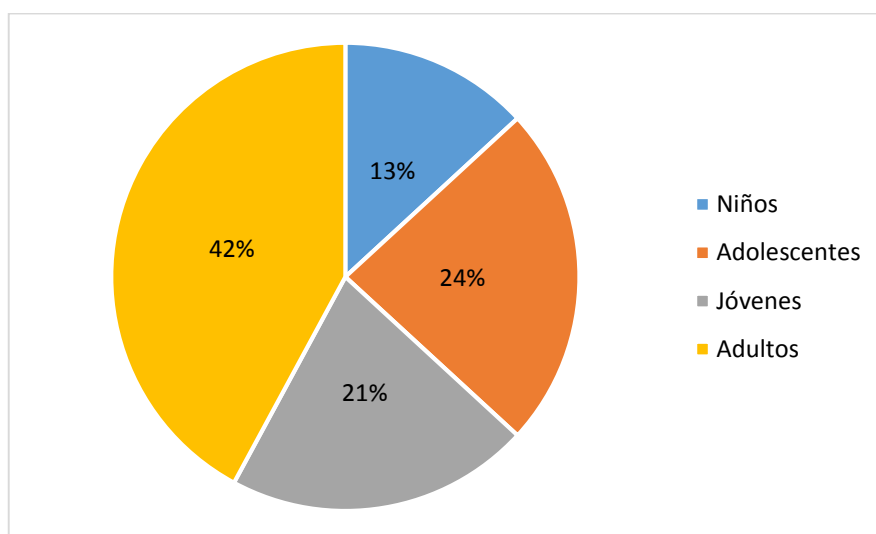
La opción “otros” se refiere a funciones específicas de la provincia que no encuentran correspondencia – por lo menos en la expresión utilizada para describir la función – en las demás unidades administrativas.

#### **4.2 Los interlocutores de la misión marista**

Más allá de las informaciones sobre sus lugares de misión y funciones desempeñadas, los laicos fueron preguntados sobre las personas con las que actúan en el día a día y en los espacios donde están. Vale recordar que la misión del Instituto es desarrollada con niños, adolescentes y jóvenes, en la institución escolar y en otras estructuras de educación formal e informal (MEM, 126-210). Hay iniciativas específicas con adultos y personas de edad, pero generalmente en función del trabajo que éstos realizan con el público infanto-juvenil.

Preguntados sobre la franja etaria que actúan directamente, en el día a día de la misión, dieron las siguientes respuestas:

Gráfico 4: Franja etaria con la que los laicos actúan directamente



Fuente: El autor

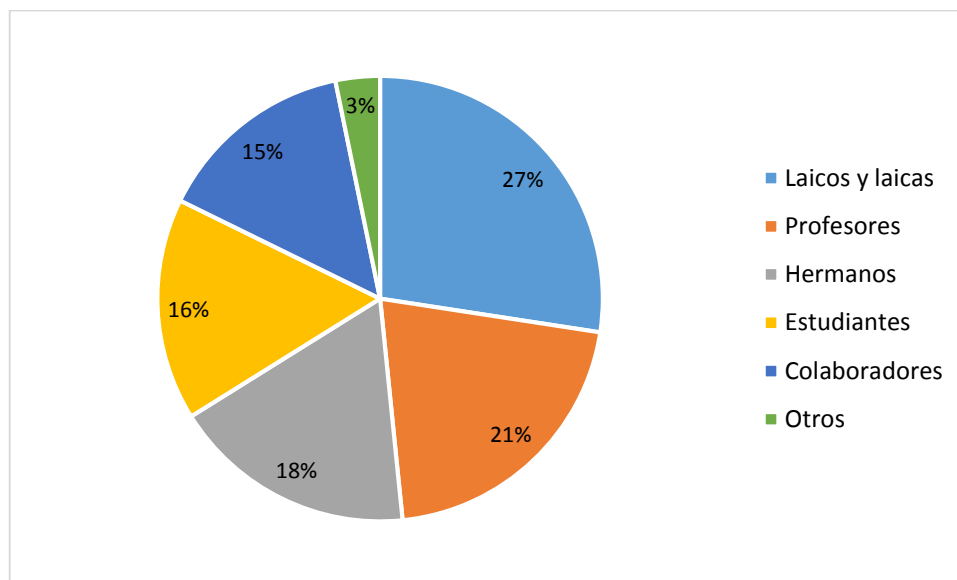
En este gráfico no hay sorpresas. Una minoría (13%) actúa con niños y 45% con adolescentes y jóvenes. Los laicos que actúan directamente con niños y adolescentes son aquellos que están en escuelas, tanto en la docencia como en la pastoral y gestión. Algunas laicas son profesoras de educación infantil y otros imparten clase en la Enseñanza Media y/o acompañan la Pastoral Juvenil Marista (PJM), cuya mayoría es de estudiantes adolescentes. En esa actuación predominan las actividades propiamente educacionales, evangelizadoras y sociales, conforme proyectos escolares y, en el caso de los jóvenes, según la dinámica de la universidad y de los proyectos pastorales envolviendo estudiantes maristas que terminaron la educación básica.

Casi la mitad del grupo trabaja con adultos, lo que tampoco sorprende: dadas las funciones desempeñadas en la provincia, tratan directamente con las personas involucradas en los procesos laicales. Eso confirma un dato empírico: la laguna entre el trabajo hecho con los jóvenes, como la PJM, y la animación específica para el laicado marista. Revela también la dificultad de considerar a los jóvenes como laicos, por un lado, y de integrar procesos formativos laicales, por otro. ¿Cuál es la relación entre PJM, Animación Vocacional, Movimiento Champagnat e itinerarios vocacionales para laicos? ¿Qué elementos favorecerían la integración entre esas iniciativas que, abarcando diferentes franjas etarias, están relacionadas a la vivencia laical del Carisma?



Además de la franja etaria, interesa saber cuál es el público con quien el grupo actúa directamente, en el día a día de la misión. Las respuestas fueron las siguientes:

Gráfico 5: Público con quien los laicos actúan en el día a día



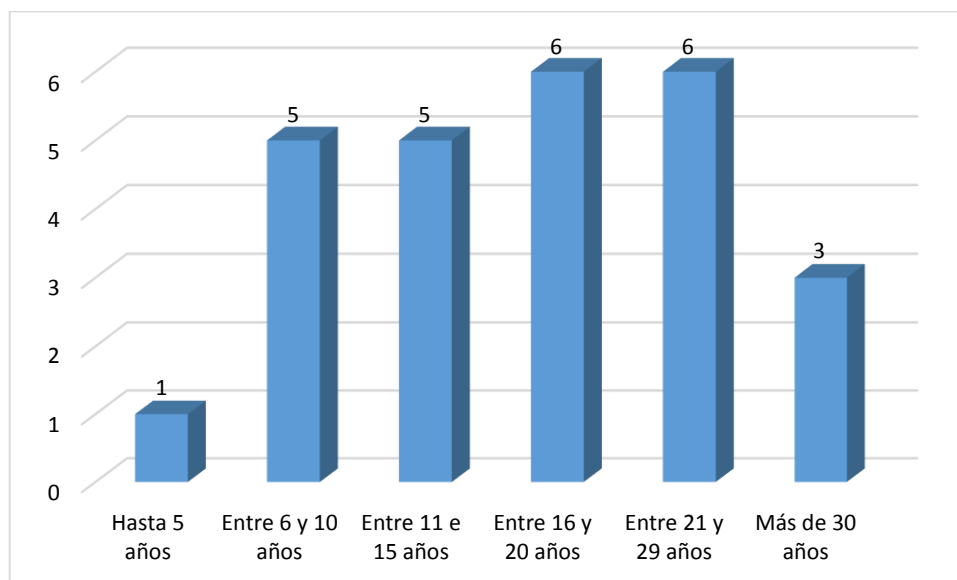
Fuente: El autor

Los números son coherentes con las funciones desempeñadas en las UA's. Casi un tercio del público con el que actúan es de laicos y laicas; como los participantes están involucrados directamente con la animación del laicado, no sorprende que trabajen más con ese grupo, que incluye personas en procesos de formación y animación laical, ejerciendo diversas funciones en las unidades maristas. Es probable que el público "profesores" incluya también laicos y laicas y que, entre los "estudiantes", haya adolescentes y jóvenes involucrados en proyectos pastorales y solidarios, que son un camino para despertar y cultivar la vocación laical.

Vale observar que los laicos y los animadores laicales suelen estar implicados en la formación institucional sobre el Carisma, desarrollando actividades direccionadas para profesores, colaboradores y estudiantes. Por ello señalaron el trabajo directo con los "Hermanos": como los equipos de animación del laicado son compuestos por Laicas, Laicos y Hermanos, éstos no son el público objetivo de la actuación de los laicos, pero interactúan en los procesos de animación laical, de formación conjunta y de comunión. Además de eso, los profesores y gestores escolares trabajan también con otros profesores, colaboradores y estudiantes, lo que amplía su público.

Otra información importante es el tiempo de trabajo de esos laicos en la institución. El grupo respondió lo siguiente:

Gráfico 6: Tiempo de actuación de los laicos en el Instituto Marista



Fuente: El autor

Se nota que apenas un laico está en la institución desde hace menos de 5 años; 10 (38%) están entre 6 y 15 años y 12 (46%) entre 16 y 29 años. Los números tienen sentido, considerando que las funciones de animación del laicado son generalmente atribuidas a quienes ya tienen un cierto conocimiento institucional, contribución con diversas áreas y vivencia del Carisma – un acúmulo que exige tiempo, formación teórica y experiencias personales y comunitarias desarrolladas desde los espacios-tiempos maristas. Entre el grupo que indicó más de 20 años como Maristas, hay ex estudiantes de las escuelas maristas, que consideran su tiempo de educación básica ya como una experiencia de vivencia carismática. Luego suman el tiempo como estudiante y el de trabajo profesional para totalizar el período que forman parte del Instituto.

Aunque el tiempo de vínculo institucional no garantiza por sí solo, conocimiento del Instituto y vivencia carismática, es raro que un principiante en la vida marista sea responsable por el trabajo de animación de los laicos y laicas. El grupo muestra un considerable conocimiento sobre los procesos provinciales, corresponsabilidad por la misión marista y auto-identificación como laicos maristas, lo que resulta evidente en las cuestiones siguientes.

### 4.3 El sentido de la misión marista en la vida de los laicos

Desde la constatación de que el involucramiento de los laicos con la misión marista extrapola la cuestión profesional, fue preguntado sobre la relación entre esa misión y las otras dimensiones de la vida: relaciones interpersonales, familia, comunidad eclesial, trabajo, estudio... Todas las respuestas reafirman la integración entre la misión marista y esas dimensiones, por causa de los “valores y las creencias que procuro vivir en todos los momentos” y porque “Yo comprendo el carisma y la espiritualidad maristas como partes integrantes de mi proyecto personal de vida. La manera como yo vivo el cristianismo es de la manera marista. La vivencia de los valores maristas extrapola el ambiente de trabajo y llega a las relaciones interpersonales, al ambiente familiar, a la comunidad eclesial, etc.”.

Los laicos demuestran una visión integradora entre la misión marista y la vida personal: “Yo soy una, e como tal actúo en todos los ámbitos de mi vida”. Destacan la influencia de la misión en las relaciones interpersonales y en la presencia en otros ambientes: “Mi forma de ser marista y de vivir algunos valores matiza toda mi actuación en la profesión, en mi grupo de Espiritualidad Marista, en mi familia y con mis compañeros y amigos”. Los valores aprendidos en el ejercicio de la misión se reflejan en las relaciones afectivas: “La manera relacional de los Maristas y el espíritu de familia es lo que yo valorizo e intento promover en mis propias relaciones con familiares y amigos”. Eso es consecuencia de la identificación con los valores maristas, que son vividos en otros espacios: “ser marista me ha ayudado a relacionarme con los otros, con espíritu de humildad y simplicidad, de manera auténtica”. Hay, más allá de eso, una dinámica de relacionamiento que se establece desde la misión: “Trato de vivir mi ser marista en todas las relaciones, ya que concibo la misión marista como una forma de ser en relación a..., más que las funciones que realizo”.

De la misma forma, las relaciones familiares son involucradas directa o indirectamente: “El Carisma Marista toca prácticamente todos los aspectos de mi vida. Mis hijas estudian en la escuela marista. Ellas también van al campamento marista para trabajar y jugar. Nuestra familia es parte del Movimiento Champagnat. Nuestros mejores amigos son laicos maristas. Tenemos una casa de campo en la comunidad marista donde mi esposa y yo ofrecemos voluntariamente nuestro tiempo para toda la comunidad marista”. Otra laica afirma que el Carisma “influye en todas mis relaciones, especialmente las familiares”, explicando que “yo, mi marido y mi hija somos miembros del MCFM”.

El espíritu de familia se encarna también en los “relacionamientos dentro de mi red familiar – siendo hermano de todos”. Es una experiencia de infinitud, en el sentido dado por Estaún (2014, p. 116): “la relación viva que intermedia entre el ‘yo’ y el ‘tú’ a través del fenómeno humano del *encuentro*, concretado en el vínculo vivo entre las personas y en su interrelación en el diálogo y en el amor”. La experiencia de encuentro explica porqué la misión marista ocupa un espacio tan importante en la vida de los laicos: si no influenciara positivamente su vida y entorno, ellos – especialmente los casados y/o con hijos – seguramente enfrentarían dificultades para dedicarle tanto de su tiempo y empeño.

Según el grupo, la misión influencia también la dinámica del espacio de trabajo. Como todos los encuestados mantienen vínculo profesional con la institución, demuestran una visión más fraterna sobre las personas presentes en el espacio laboral: “Mi misión marista me ayudó a conectarme con otros maristas que yo no conocía en mi trabajo. Así comprendí la importancia del relacionamiento saludable entre la comunidad y la vida familiar como maristas. Intentar suplir las necesidades ha sido mi gran conquista, especialmente aquellas relacionadas a los estudiantes de las escuelas maristas.” De esta forma el trabajo favorece el desarrollo de una sensibilidad para con los niños, adolescentes y jóvenes; estimula relaciones fraternas con los colegas que están en el mismo ambiente; confiere al ejercicio de la profesión un sentido de realización personal: “[la misión] me inspiró a valorizar y amar el trabajo”; y molda una dinámica propia de relacionamiento profesional: “Intento vivir mi vida personal de acuerdo con el Carisma Marista, practicando los valores del espíritu de familia, presencia y simplicidad. Con mis compañeros de escuela yo rezo y estudio las enseñanzas de Marcelino”. Puede reconocerse en esas posturas la diferencia práctica entre los laicos, “los que están verdaderamente concienciados y comprometidos en la labor que realizan”, y los colaboradores, “para quienes esa labor es solamente un puesto de trabajo satisfactorio” (Sammon, 2006 p. 55): el colaborador desempeña con profesionalismo sus funciones, mientras que el laico, además del trabajo, contribuye para que el espacio sea dinamizado desde los valores de la pedagogía y de la espiritualidad maristas.

El compromiso eclesial es otra consecuencia de la misión: “Mis hermanos también están involucrados en el tema de la animación y pertenecen a un grupo de jóvenes. Mi grupo de referencia también son animadores de grupos de mayores o profesores.” En la concepción de los laicos, la misión marista forma parte de una realidad eclesial más amplia: “El Marista trae un rostro humano y marial para mi fe católica – una oportunidad de vivir mis valores”. Es curioso observar que la mayoría no marcó explícitamente la participación eclesial cuando fueron

preguntados sobre los espacios de la misión, pero la presencia en la comunidad de la Iglesia es percibida en varios relatos. El tema será retomado en la discusión sobre espiritualidad.

Según el grupo, la misión demanda la proximidad con sus interlocutores: “Estoy comprometido en la animación de los jóvenes. La misión reforzó mi vida espiritual.” Provoca también el desplazamiento hacia otros lugares: “La finalidad de formarnos, rezar y vivir en familia, es proyectarnos en dirección a los más necesitados, o sea, los marginados”. Eso resuena la llamada que el Instituto ha hecho en los últimos años, en el sentido de aumentar la presencia marista en los espacios de inserción y aproximarse de los “Montagnes de hoy”. La disponibilidad de desplazarse para diferentes espacios de misión no es problema: “Soy una mujer soltera y no presento dificultad alguna para la misión”. Para los laicos y laicas que constituyeron familia, ese desplazamiento depende de cómo afecta la vida de los familiares, especialmente los hijos pequeños.

El hilo conductor de esas afirmaciones es la convicción de que la misión, más que una tarea o función, es una manera de ser: “Creo que la misión marista es algo que se vive en todas las dimensiones y no creo que sean temas aparte, sino una vida integrada”. Es un elemento aglutinador, en torno del cual se estructuran varias dimensiones vitales: “Está relacionado a todos los aspectos de mi vida, porque ser Marista es quién yo soy”. El reconocimiento de que “la misión marista impregna toda mi vida y es un permanente confrontar lo que hago con lo que pretendo vivir” confiere a los laicos un estilo de vida propio: “La misión marista es parte de la vida diaria, ser marista es un estilo de vida, que usted involucra en las relaciones interpersonales con sus amigos; las fraternidades y grupos de vida que también le permiten mantener nuevas experiencias de vida; y la familia, como primera Iglesia, es implicada directamente en este estilo de ser.” Es positivo percibir una relación integradora entre la misión marista y la vida de los laicos, considerando que el tiempo y el empeño investido podrían fácilmente resultar en fragmentación entre la vivencia en los espacios maristas y otras esferas – personales, afectivas, eclesiales... – igualmente importantes.

Contribuye para ese movimiento integrador la sintonía entre relaciones interpersonales, las tareas propiamente de la misión y el bien proporcionado por ellas: “vivir desde la sencillez en el trato, sentirme y hacer sentir a otros como parte de una familia en la cual se está presente de manera cercana; trabajar pensando en que alguien obtendrá un beneficio con lo que yo puedo hacer en este momento, son actitudes que sin duda me nutren en mi día a día, y lo he aprendido a desarrollar en todo lo que hago y con quienes me relaciono, desde que llegué a ser parte de la

familia marista.” De esa forma, relacionamientos, misión y personas se imbrican en una misma sinergia; hay una dimensión relacional y afectiva bastante característica de ese modo de estar en la misión y que es expresada como un fuerte elemento de la vida laical y de la manera cómo los laicos se involucran en la dinámica del Instituto.

Todo eso los ayuda a desarrollar la conciencia de su lugar en el mundo, más allá de los muros maristas: “La misión marista me ayuda a ver y reflexionar sobre las realidades del mundo a mi alrededor, con todas las dudas y miedos, oportunidades y desafíos, para discernir lo que está aconteciendo realmente en mi vida, así como en la vida de los otros”. El involucrarse con las personas en esos espacios y la manera de cumplir esas actividades contribuyen para el desenvolvimiento de una visión de mundo amplia, crítica y solidaria, que los torna conscientes de ocupar un espacio situado temporalmente en el mundo a su alrededor y coexistir con las personas y cosas con que se relacionan (Estaún, 2014). Muchos incluso se involucran en situaciones de frontera desde el espacio marista, y ese tipo de experiencia suele descubrir nuevos significados para la fraternidad que debe regir a toda la comunidad humana. Al final, “la misión marista es una parte integrante de mi vida como Marista. Es una parte de mi vida diaria, con mi interacción con las personas, tanto jóvenes como adultos, en la familia o en la comunidad. Yo vivo el Carisma y la misión.” El lugar de la misión se torna, para el laico, un espacio educativo-evangelizador en todas las dimensiones de vida.

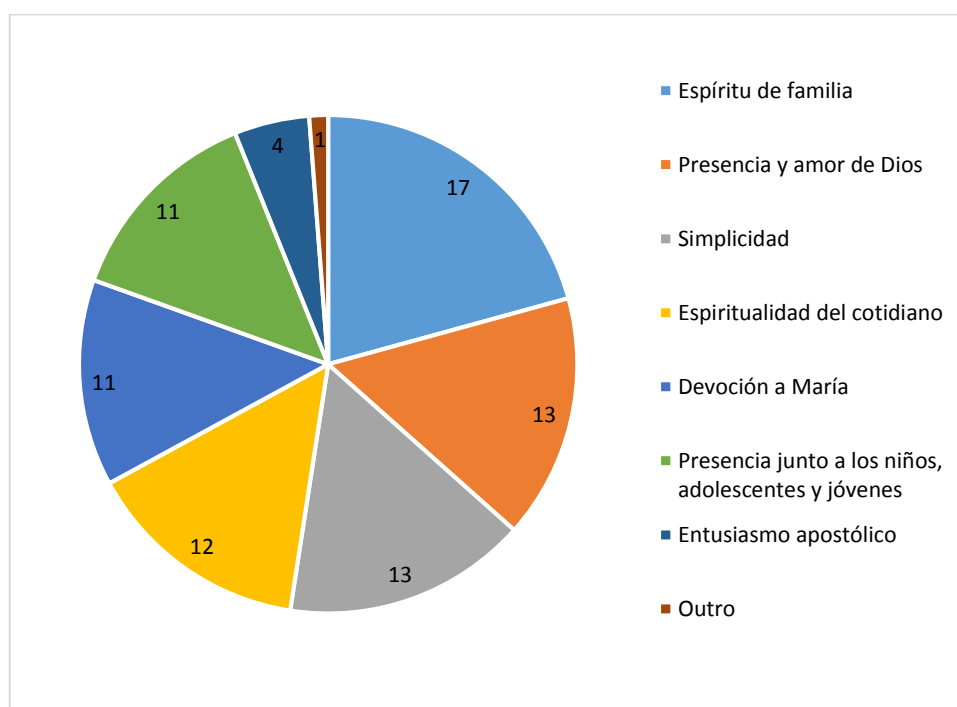
## **5. La espiritualidad marista en la vida laical**

Espiritualidad es “vivir en y desde Dios” (EMM, 100) según su Espíritu. Marcelino y los primeros Hermanos “vivieron en el Espíritu” y originaron una tradición transmitida de generación en generación, “de manera fiel y renovada”, un manantial que, hoy “fecunda pueblos y culturas de todo el mundo” y con el cual contribuyen los laicos maristas, aportando su experiencia personal de Dios (EMM, 102). Según el documento *Agua de la roca*, la espiritualidad marista, inspirada en la visión y en la vida de Marcelino y de sus primeros discípulos, enriquecida a lo largo de la historia marista y compartida con tantas personas, conduce a la consciencia de un estilo de vida del cual “fluyen las características particulares de nuestro modo de ser seguidores de Champagnat” (AdR, 15): Presencia y el amor de Dios, Confianza en Dios, Amor a Jesús y a su Evangelio, Al estilo de María, Espíritu de familia y Espiritualidad de sencillez (AdR, 16-41). El conjunto de esas características, más el entusiasmo apostólico y presencia entre los niños, adolescentes y jóvenes, identifican la espiritualidad marista.

## 5.1 La identificación de los laicos con la espiritualidad marista

¿Los laicos maristas viven la espiritualidad marista según esas características? ¿Cuáles de esos trazos<sup>5</sup> son más identificados con la vocación laical y las opciones de vida que de ella derivan? Preguntados sobre ello, los laicos dieron las siguientes respuestas:

Gráfico 7: Rasgos de la espiritualidad marista con los cuales los laicos más se identifican



Fuente: El autor

No deja de sorprender que el Espíritu de familia sea el trazo más destacado, porque comúnmente se acentúa la dimensión mariana de la espiritualidad marista. Por otro lado, tiene sentido que la dimensión relacional tenga tanta importancia: es algo muy propio de Marcelino, que insistía a los primeros Hermanos para que vivieran ese espíritu fraterno, tanto entre sí, en la vida en comunidad, como en la relación con los estudiantes, “con términos familiares” y “expresiones fraternales y afectuosas” (AdR, 31). Estaún (2014, p. 162) establece una relación directa entre María y el espíritu de familia: “La presencia de María, como Madre y modelo de educadora, motiva al educador a dar a la casa en la que vive el ambiente de familia”. En este

<sup>5</sup> Como Jesús y el Evangelio son elementos comunes a toda la espiritualidad cristiana y a varias escuelas de espiritualidad, ese ítem no fue incluido, para reforzar los trazos específicos de la espiritualidad marista.

sentido, destacar primeramente el Espíritu de familia no sería una negación de la dimensión mariana de la espiritualidad marista, sino una asociación que la refuerza.

Lo que nos remite a Marcelino y su espiritualidad, en la cual María es presencia tan significativa: “el espíritu de una escuela de Hermanos debe ser un espíritu de familia”, en la cual “predominan los sentimientos de mutuo respeto, amor y confianza” (Furet, p. 175). Son elementos acentuadamente marianos y femeninos, que marcan una espiritualidad “intensamente racional y afectiva” (AdR, 31), fundamental en la vida compartida, que es una de las dimensiones que identifican a los laicos y laicas maristas: “Como personas laicas, tenemos una oportunidad única de vivir el Evangelio en nuestros lugares de relacionamiento con los demás (con amigos, familia y trabajo), así como vivimos la realidad de la fe y de la vida más por lo que somos de que por lo que hacemos”.

El destaque igualitario para Presencia y amor de Dios y Simplicidad señala una relación entre ambas. Primero, la experiencia personal de ser intensamente amado por Jesús y especialmente acogido por María fue una de las principales experiencias en la formación de la espiritualidad de Marcelino (AdR, 7). Él desarrolló una espiritualidad “sin complicaciones, con los pies en la tierra” (AdR, 34), fundamentada en la humildad y simplicidad de actitudes que los Maristas imitan “especialmente en el modo de relacionarnos con Dios y con los demás” (AdR, 33). Diferentemente de la imagen de un Dios distante y de las prácticas ascéticas comunes en su época, Marcelino hablaba de un Dios cercano, alcanzable, e insistía en que los Hermanos evitasen inspirar miedo de él en los estudiantes, especialmente como manera de penalizarlos por las faltas, y los ayudasen a hacer una experiencia del Dios Amor. Él señala los tres lugares donde Jesús, el rostro humano de Dios, lo revela de modo especial – el pesebre, el altar y la cruz – y donde cada persona puede encontrarlo (AdR, 20). Ahí está el fundamento de la Espiritualidad del cotidiano – cuarto trazo destacado –, que lleva a reconocer la presencia divina en los acontecimientos del día a día.

Hay un encadenamiento lógico en esta secuencia: un Dios cercano y amoroso, que establece una relación de proximidad con la persona y está junto a cada uno en las experiencias humanas de cada día (AdR, 16). Esa experiencia del Dios Amor conduce a compartir la vida con otras personas. La espiritualidad marista estimula una experiencia personal de Dios que se traduce en las relaciones interpersonales y “está en sintonía con la vida laical, porque es práctica e empapa lo cotidiano” (EMM, 103); favorece de esta forma la identificación de los laicos y



responde a la sed de espiritualidad y de experiencias místicas significativas que caracteriza la contemporaneidad.

La Devoción a María y la Presencia junto a los niños, adolescentes y jóvenes son señalados enseguida. María no tiene tanto destaque, aunque sus características sean reconocidas en otros trazos y la referencia mariana para el discipulado sean abordados adelante. Es probable que la expresión “Devoción a María”, asociada a menudo a prácticas de piedad popular, no traduzca el lugar de María en la espiritualidad cultivada por el grupo y, por ello, sea menos significativa que otros trazos. Relativo al trazo de la Presencia junto a los niños, adolescentes y jóvenes, es poco mencionada porque la mayoría del grupo encuestado no tiene contacto con ese público en sus espacios diarios de misión; por esto, alimentan su relación con Dios en otros espacios y grupos. Y el Entusiasmo apostólico es una expresión utilizada muy poco cuando se habla de la espiritualidad marista, aunque la pasión por la misión se ha demostrado previamente.

## **5.2 Prácticas de cultivo de la espiritualidad**

El *Agua de la Roca* destaca algunas prácticas “esenciales para alimentar nuestra vida de fe como Maristas”: la *Lectio divina* o Meditación de la Palabra de Dios, Oración personal, Revisión de la jornada, Oración comunitaria, La fe compartida, El acompañamiento, La celebración de la Eucaristía y La reconciliación (AdR, 79-87). Como la vivencia de la espiritualidad es muy personal, esas opciones no fueron presentadas al grupo, que respondió libremente a la pregunta sobre sus prácticas de fe.

Las prácticas personales están en sintonía con el significado de la espiritualidad marista dado por una laica: “un modo de vivir. La manera como encaro la vida, el trabajo, el trato con las personas, la forma como educo a mi hijo, etc. Es vivir en Dios y con Dios. Es un deseo de vivir desde la raíz y no apenas en la superficie.” Referente a las maneras de cultivar la espiritualidad, aparece primeramente la oración, caracterizada como “personal y comunitaria”, “cotidiana”, “diaria”, “en los acontecimientos”, “personal y en mi familia”, con “tiempo para escuchar a Dios” y “estar más consciente de la presencia de Dios en mi vida diaria”. Destacan diversas técnicas de oración, como la lectura de la vida desde la fe, meditación, contemplación,

diario espiritual<sup>6</sup>, Ejercicios Ignacianos, centramiento<sup>7</sup> y *Mindfulness*<sup>8</sup>, así como “los momentos de silencio que puedo tener, para callar los ruidos de mi corazón y de mi cabeza, y disfrutar de un silencio que me llena de paz”. Mencionan también actividades específicamente comunitarias, como oraciones en grupo, Eucaristía, participación en retiros y celebraciones del calendario litúrgico, además de “Fe en Dios”, “Confianza en la Virgen María” y “Devoción mariana”.

Varios laicos reconocen la vida comunitaria, en sus varios formatos, como fuente de espiritualidad. Destacan la participación en la comunidad parroquial, viviendo “mi compromiso cristiano y marista en mi Comunidad-Iglesia” y el “compromiso apostólico en la Iglesia”; y en la comunidad marista, vista como “una fuerte expresión de fe compartida y apoyo mutuo. Compartir nuestra fe, nuestras vidas y alegrías alimenta y encoraja mi vida espiritual”. Una laica vive en comunidad mixta, formada por Hermanos, Laicas y Laicos, entonces “la oración es un elemento fundamental, tanto en prepararla como animarla”; otra afirma que “el trabajo y proximidad con los Hermanos también alimentan mi espiritualidad”. La convivencia con los Hermanos, mismo sin compartir el mismo techo, es entendida como una forma de vida comunitaria: “Pasando cada día con ellos [los Hermanos], almorzando con ellos, compartiendo todos los aspectos de la vida, no necesariamente el trabajo, me acercó a la comunidad. Cuido de ellos y me siento responsable por su bienestar”. Esa cercanía con los laicos ciertamente nutre a los Hermanos, especialmente a los más viejos, en su necesidad de afecto, contacto con otras personas y cuidado recíproco, que a propósito, es propia del ser humano.

Un laico afirma que “formar parte de la comunidad marista me torna un cristiano mejor”. Varios destacan que participar de diversos grupos, como el Movimiento Champagnat de la Familia Marista, grupos de espiritualidad marista y grupos de oración y reflexión, alimenta su espiritualidad, así como los espacios de la misión, ya sea si “involucrándose activamente en la misión especial con niños y mujeres jóvenes menos favorecidos”, estando “preocupado con los más carentes” o “trabajando por mi país y por mi fe”. Algunos laicos no se refieren específicamente al espacio comunitario, pero afirman cultivar la espiritualidad viviendo “el Evangelio al estilo de Marcelino” y “los valores evangélicos al estilo de María”. O sea, que comprenden el Carisma en su dimensión eclesial, como forma específica de seguimiento de Jesús y de alimentar la espiritualidad desde la experiencia comunitaria.

---

<sup>6</sup> Técnica de registro diario de las meditaciones.

<sup>7</sup> Técnica de meditación que favorece a la autoconciencia

<sup>8</sup> Forma de meditación que enfoca la atención en la experiencia directa del momento presente por medio de ejercicios meditativos y psico-educativos.

Familia y amigos también son alimento para la espiritualidad, tanto en los “momentos para compartir con la familia y amigos pensamientos sobre la vida, dónde estamos y para dónde (y cómo) estamos yendo”, como en el simple movimiento de “*estar con* las personas. Viendo a Dios en aquellos con quien vivo mi vida y a través de la oración”. Según los laicos, es importante que esas relaciones tengan “reflexión y el compartir, y así vivencia de nuestros valores”, para que puedan “compartir valores, tiempo para cada uno”, integrar bien las relaciones con “mi hogar, familia, amigos, compañeros de trabajo” y “conectarme con las personas – experiencia vivida – compartiendo vida y misión”. El aspecto relacional es enfatizado en el cultivo de la espiritualidad, así como fue en la dimensión misionera.

Esas relaciones no sustituyen el diálogo con Dios, pero ayudan a revelar su presencia: “Me mantengo en diálogo con Dios durante el día, haciendo pausas para percibir Su mensaje en cada cosa, acontecimiento o persona con quien convivo.” Muchos afirman alimentar su espiritualidad “leyendo y orando”, pues les gusta mucho “leer sobre Dios y tener momentos de interioridad”. En relación al tipo de lectura, la Biblia aparece en primer lugar, “comprendiendo las Escrituras y observando aquellos pasajes en mis propias realidades y vida cotidiana”; esta técnica es la Meditación de la Palabra de Dios apuntada en el *Agua de la roca*. También leen “libros escritos por los místicos”, “literatura del área [espiritual]”, “libros maristas (*Agua de la roca, En torno a la misma mesa*, etc.) y otros textos” y materiales facilitados por las UA’s con esa finalidad.

Cabe destacar el énfasis dado a esa interioridad. Más de que expresiones exteriores de la espiritualidad, como la presencia en la comunidad, interacciones con personas, oraciones colectivas y participación en los sacramentos, los laicos resaltan el cultivo de la espiritualidad desde el silencio, la internalización y los tiempos personales de diálogo con Dios. Es lo que Turú (2012, p. 66-68) llama de “el gran regreso a la vida interior”, aspiración que “surge de los más profundo de su ser” y cuyo camino es indicado por María “del silencio, de la acogida, de la escucha atenta”, que “guardaba y meditaba todo en su corazón”. La interioridad alimenta una mística que escapa a las racionalizaciones, provoca interacción con la realidad y favorece la integración con las otras personas: “me ayuda a encontrar a Dios en esas realidades, descubrir para dónde Dios me está llamando y responder a su llamado (...). Esa manera de seguir y amar a Jesús es básicamente de la manera de María y de San Marcelino.”

Finalmente, las prácticas de cultivo de la espiritualidad destacadas en *Agua de la Roca* encuentran eco en las prácticas personales de los laicos, pero no con la misma importancia. La

dimensión relacional no aparece en el documento como manera de alimentar la fe, pero es la más enfatizada por los laicos, probablemente porque éstos hablaron desde su experiencia, y el documento fue elaborado por un número más grande de Hermanos de que laicos. Éstos acentúan el rasgo apostólico más que el mariano y consideran muy importante reservar tiempos personales para el ejercicio de alimentar la vida de fe. Como reseñado, la manera de vivir la espiritualidad marista en la opción de vida laical sigue dinámica distinta de aquella propia de la vida consagrada de los Hermanos.

## **6. Compartir la vida con Hermanos, Laicos y Laicos**

La vida comunitaria es inherente al Instituto Marista desde el inicio, cuando Juan María Granjón y Juan Bautista Audras comenzaron a vivir en comunidad en la parroquia de La Valla. Un año y medio después, ya constituían un grupo apostólico que todavía no era una congregación sino “una asociación de hecho; más que un simple oratorio o una hermandad” (Lanfrey, 2014, p. 204). La fórmula de la promesa de los primeros Hermanos, conteniendo los compromisos que asumían con el P. Champagnat, al consagrarse como hermanos enseñantes, terminaba con esta afirmación: “ponemos todo en común” (Lanfrey, 2014, p. 245).

La vida comunitaria, tanto compartiendo el mismo techo como los tiempos, espacios y proyectos, también identifica a los laicos maristas. Ellos viven la experiencia comunitaria entre sí, con los Hermanos y con laicos no maristas. La vida compartida es consecuencia de la sensibilidad específica del Espíritu de familia con que los Maristas siguen a Jesucristo (EMM, 67); Turú (2012, p. 32-33) agrega: es la experiencia de una Iglesia mariana, inspirada en las “manifestaciones históricas de la vida de la Iglesia derivadas de las actitudes con las que María responde a su misión como creyente y miembro de la comunidad eclesial”. Con características distintas del modelo eclesiológico predominante, acentuadamente petrino, ese rostro mariano refuerza la importancia de la proximidad, de la afectividad y del compartir la vida, construyendo comunión desde una visión horizontal de la Iglesia y de su misión – y diseña un modelo de vida fraterna bastante característico de los Maristas de Champagnat.

### **6.1 La vida compartida con otros laicos**

Preguntados sobre los lugares donde comparten la vida, los laicos destacaron en primer lugar el ambiente de trabajo, en su mayoría oficinas y escuelas, detallando que el compartir se

da “en la relación con algunos colegas”, no con todos; las afinidades personales influyen ese compartir, así como la dinámica de las relaciones en el espacio laboral. Aquellos que son responsables por la formación laical comprenden que la vida compartida “es el foco de mi trabajo. Todo mi trabajo diario como interface entre Hermanos y Laicos”. Varios extienden su jornada de trabajo para los fines de semana, “trabajando en diferentes proyectos maristas durante el día, la noche y finales de semana” y “al desarrollar mis funciones durante 5 días a la semana e incluso en fines de semana cuando hay alguna actividad programada”. Es una función que exige un perfil con disposición de compartir y de convivencia, más que cumplir las tareas: “Todo mi trabajo está diseñado para compartir tiempos y actividades con los laicos. Los tiempos generalmente son los fines de semana y por la noche, ya que son los momentos en que los laicos pueden participar de actividades y experiencias”.

También comparten la vida con otros laicos en actividades desarrolladas en las escuelas, “trabajando con profesores o directores durante el día, principalmente cuestiones de formación”, reflexiones con educadores y estudiantes, liturgias, oraciones comunitarias, retiros, formación, conferencias con líderes, momentos de formación y vivencia marista, consejos escolares, jornadas pastoral-pedagógicas, apertura y cierre del año escolar, actividades pastorales, culturales y sociales, reuniones de equipo, encuentros provinciales, asambleas, talleres con profesores, talleres de oración, convivencias, Pascuas, celebraciones diversas y actividades extracurriculares de apostolado, misión y solidaridad. Esas actividades, en su mayoría propias del espacio de trabajo, son desarrolladas de una manera que favorezcan la convivencia, la creación de lazos afectivos y el compartir. La forma como son desarrolladas, y no las actividades en sí, favorecen el compartir de vida en el día a día del trabajo, “viviendo junto y celebrando como familia marista” y en la integración entre los varios espacios, como “mi vida familiar, mi escuela y comunidades eclesiales, mis interacciones con amigos y colegas, mi trabajo con otros maristas en la Provincia”.

El papa Francisco (2013, n° 67), haciendo una lectura del mundo contemporáneo, alerta que: “el individualismo pos moderno y globalizado favorece un estilo de vida que debilita el desarrollo y la estabilidad de los vínculos entre las personas y distorsiona los vínculos familiares”. Contra eso, “la acción pastoral debe mostrar todavía mejor que la relación con nuestro Padre exige e incentiva una comunión que cura, promueve y fortalece los vínculos interpersonales”. Las afirmaciones de los laicos están en sintonía con los cursos indicados por el Papa.

Ellos destacan también grupos diversos como lugares donde comparten la vida: el Movimiento Champagnat de la Familia Marista, la Pastoral Juvenil Marista, grupos de espiritualidad, grupos de laicos, grupos de colaboradores jubilados. La convivencia se da tanto en la participación grupal como en el acompañamiento a esos grupos, en actividades de formación, celebración, convivencia y misión. Y no se restringe a las actividades de trabajo: incluye fiestas comunitarias, cenas en los fines de semana o por la noche, tiempos de ocio y de descanso, momentos orantes y ocasiones informales, visto que lo que hacen “no es apenas trabajo sino una experiencia de compartir nuestra vida, que nosotros valorizamos, que intentamos promover por medio de lo que hacemos. (...) ¡Es tan importante encontrar tiempo para compartir historias en torno de una cerveza!” La vida compartida supone la creación de lazos afectivos y tiempos en común “para hablar, para reír, para estar juntos” (EMM, 80); aquí se reconoce nuevamente el Espíritu de familia.

Por otro lado, los lazos de sangre y conyugales aparecen poco en el compartir de vida: apenas cuatro participantes afirman convivir con laicos maristas en el espacio familiar. Tiene sentido, pues no siempre los familiares y conyugales de los laicos viven las tres dimensiones que caracterizan el laicado; algunos se identifican con rasgos del Carisma, con la espiritualidad, pero no conviven con otros laicos y Hermanos, ni contribuyen con la misión marista. Algunos laicos suelen rezar en familia o reservar tiempos para las reflexiones con los familiares, otros tienen hijos que estudian en escuelas maristas y, por eso, conocen y viven los valores allí aprendidos. Mientras tanto, la vida compartida con el sentido dado por el Instituto acontece imbricada con las actividades de la misión y por eso, tiene más lugar entre las personas involucradas en esos espacios.

## **6.2 La vida compartida con los Hermanos Maristas**

La vida también es compartida con los Hermanos, de varias formas. Preguntados sobre los espacios, tiempos y actividades en que comparten la vida con los Hermanos Maristas, seis laicos respondieron que “los mismos” donde conviven con los laicos. Eso revela que algunos grupos, aunque pocos, considerándose el Instituto como un todo, están tornando menos rígidas las fronteras que separan los espacios de los laicos y los espacios de los Hermanos. Puede deducirse tanto que Hermanos, Laicas y Laicos están en los mismos espacios, como que el compartir no es solamente entre los laicos; señala algún avance en la nueva relación basada en la comunión y en la fraternidad, definida como urgencia del XXI CG.

La mayoría de los laicos fue más específica en la respuesta: el primer lugar de vida compartida con los Hermanos es el ambiente de trabajo y las actividades que le son propias – reuniones, planificación, actividades pastorales, especialmente con la PJM, momentos de vivencia marista, asambleas provinciales de misión. Para los que trabajan en las instancias provinciales, la convivencia con Hermanos deriva de la dinámica del propio espacio, para donde “vienen la mayoría de los Hermanos de la Provincia de manera ocasional o diaria, si participan de alguna otra instancia provincial”. Sammon (2005, p. 34-35) trae la visión de los Hermanos sobre ese tema: algunos “están buscando nuevas formas de vivir en común” y concretan la experiencia de comunidad cuando “señalan a compañeros de trabajo, o personas de su familia, o a un círculo de amigos como su fuente de apoyo”. La vida compartida es consecuencia de las relaciones establecidas desde los espacios donde Hermanos, Laicas y Laicos interactúan.

Actividades comunitarias se destacan como el lugar donde los Maristas de Champagnat conviven fraternalmente: comunidades ampliadas, celebraciones, ocasiones informales (cenas, fiestas, momentos celebrativos), Eucaristía, reuniones del Movimiento Champagnat... Una laica que vive en comunidad mixta expresó que la vida compartida ocurre “todo el tiempo. En el trabajo, en la oración y en el compartir diario”. Es una dinámica propia de ese tipo de experiencia, que favorece la vida compartida “con visitantes y peregrinos” que pasan por la comunidad, “animando pequeños talleres y sobretodo compartiendo experiencias”. Cualquiera que sea el espacio comunitario donde Hermanos, Laicas y Laicos conviven regularmente, la vida compartida tanto corre a través de la dinámica entre ellos como del trabajo de la misión que ese espacio viabiliza.

Por otro lado, una laica observó que convive bastante con los Hermanos “generalmente en reuniones de trabajo y planificación”, pero son “muy pocas experiencias de compartir vida” con ellos. Muchos Hermanos demuestran dificultades para convivir con laicos, ¡qué dirá de establecer relaciones fraternas donde quepan relaciones afectivas y vida compartida! También hay laicos que no consiguen establecer con los Hermanos relaciones igualitarias y que extrapolen el vínculo profesional. En lo relativo a los Hermanos, esa limitación puede estar relacionada a cuestiones de personalidad, hábito de convivir apenas con otros religiosos, visión jerárquica de la UA o dificultad de reconocer a los laicos como Maristas; sea cual sea la razón, confirma que el compartir no es algo mecánico, depende de los vínculos establecidos, y señala que, a pesar de algunos avances, hay mucho camino a andar en la construcción de la nueva relación Hermanos y Laicos.

Son evidentes las diferencias en la percepción de Hermanos, Laicas y Laicos sobre la importancia de compartir la vida. En la visión de los laicos, para quienes es tan caro el Espíritu de familia, no hay misión marista auténtica sin que las personas involucradas en ella tengan espacios para compartir la vida. Los Hermanos ya viven en un espacio colectivo, la comunidad religiosa, lo que no significa, necesariamente, vida compartida. Paredes (2014, p. 40) constata que “¡es difícil vivir en comunidad!”, pues “nuestras comunidades agrupan personas que no se escogieron, que son muy diferentes en su personalidad, hábitos, sentimientos, puntos de vista” además de la “diferencia de raza, de cultura, de generación”. Sammon (2005) afirma que toda comunidad pasa por fases para configurarse como tal, siendo la última fase, el empeño en la tarea de vivir y servir juntos. Esa contradicción – vivir en comunidad, pero sin necesariamente compartir la vida – ilumina la diferencia en la énfasis dada por Hermanos y Laicos a la vida fraterna: éstos sienten necesidad de compartir la vida con los compañeros maristas, mientras aquellos, habiendo optado por la vida consagrada, ni siempre construyen relaciones fraternas con otros Hermanos y, no teniendo esa enseñanza, tampoco consiguen compartir la vida con los laicos. El hecho es que estar juntos en los mismos espacios, especialmente aquellos relacionados a la misión, en que la finalidad de estar juntos en el mismo espacio es mayor que las preferencias, afinidades o limitaciones personales, contribuye para minar resistencias mutuas y crear condiciones para una convivencia pautada en la fraternidad y en la reciprocidad.

## **7. Los laicos maristas por ellos mismos**

González Rey (2005, p. 126) conceptúa la subjetividad como un sistema complejo cuyas “diferentes formas de expresión en el sujeto y en los diferentes espacios sociales son siempre portadoras de sentidos subjetivos generales del sistema que están más allá del evento vivido”. Boff (2012) refrenda que es propio del ser humano “percibir valores y significados y no apenas enunciar hechos y acciones”, pues “lo que realmente cuenta para las personas, no son tanto las cosas que les acontecen, sino lo que ellas significan para sus vidas y qué tipo de experiencias notables les proporcionaron”.

Por ello, más que enunciar los elementos que caracterizan e identifican a los laicos y laicas maristas, es necesario comprender los sentidos que ellos atribuyen al propio ser laico. De acuerdo con Vygotsky (2009), sentido es una formación dinámica, fluida y compleja, que contiene innúmeras zonas que varían en su inestabilidad, de acuerdo con los sujetos y espacios investigados. Hay una relación directa entre los sujetos que construyen el sentido y los espacios



donde están, los cuales “generan formas de subjetivación que se concretan en las diferentes actividades compartidas por los sujetos y que pasan a ser, con sentidos subjetivos distintos, parte de la subjetividad individual de quien comparte esos espacios” (González Rey, 2005, p. 25). En esa perspectiva, los sujetos laicos son constituidos por los espacios-tiempos maristas tanto como constituyen esos mismos espacios como lugar de subjetivación.

Respondiendo a la pregunta sobre lo que significa ser laico, todos los participantes se reconocen como laicado marista, pero dan diferente énfasis a los elementos que los constituyen así.

### **7.1 La dimensión vocacional del laicado**

Algunos de ellos acentúan el laicado desde la llamada vocacional, afirmando que ser laico marista “significa vivir mi vocación cristiana a la luz del Carisma de Champagnat”, con “un estilo particular” que es “sencillo y fraterno, desde una experiencia profunda de Dios que se manifiesta en lo cotidiano y desde un compromiso de ser hermana del que me encuentro en el camino y con quién comparto la vida”. La vocación laical “da curso a mis pensamientos y acciones”, confiere “sentido de vida”, “llena el alma y le da sentido a mi caminata como docente” y se traduce en un estilo de vida que “da sentido de trascendencia y sentido a lo que hago”. Varios repiten la expresión “sentido” para hablar de la vocación, y otros la relacionan con el “proyecto de vida”: “Después de conocer y encantarme por el Carisma Marista, decidí asumirlo. Desde entonces, sus dimensiones (entre las cuales la misión) hacen parte de mi proyecto de vida.”

Turú (2012, p. 38) señala que “algunas personas sienten que Dios les llama a vivir su vida cristiana con las características maristas y entonces hablamos de vocación laical marista”. Varias respuestas detallan aspectos específicos de ese llamado vocacional laical: es personal – “Yo descubrí que Dios me está llamando para esta manera de ser marista”; exige respuesta positiva – “Yo recibí eso de Dios y tengo que compartir con los demás, especialmente los jóvenes”; tiene acentuado aspecto comunitario – ser Marista “es todo sobre vivir los valores del Evangelio, así como rezar juntos y ser ejemplo en nuestros relacionamientos”; y conduce a un compromiso apostólico: “me siento comprometida con la vida y la defensa de los derechos de los niños marginados”. El descubrimiento de la vocación laical marista es resultado de un proceso que contiene diferentes etapas de discernimiento (EMM, 14) y, por ser individual, se desarrolla en ritmos, tiempos y espacios diversos. Por eso, “la vida laical se manifiesta en una multitud de

contextos y caminos personales” (EMM, 125), diseñando un movimiento de llamado, respuestas, vida comunitaria, apostolado y retroalimentación de todo ese camino.

## **7.2 Laicado como manera de ser y de vivir**

Según Sammon (2003, p. 34), la identidad, “en un plano personal, es la experiencia de saber quién soy y adónde me dirijo en esta vida”. La identidad colectiva, por su vez, es estructurada en un eje afectivo, que “permite a una persona *enraizarse* en la realidad, establecer *lazos de comunión* con las personas, *sentirse conmovido* por las necesidades de los destinatarios, *entusiasmarse* por la misión, *comprobar* sus propios dones y capacidades para servir a la misión”; y en un eje narrativo, que dice respecto a “la perspectiva con la que una persona *contempla* su vida: descubre la *trama* que une los acontecimientos en los que se ha visto envuelta, las *raíces* de la situación existencial que vive ahora, y puede atreverse a esbozar las vías por las que camina hacia el futuro” (Botana, 2005, p. 69-70). Aún según el autor, “la participación en la identidad colectiva de una Familia evangélica es el resultado de un itinerario formativo durante el cual la persona se apropia de tal identidad” (ídem, p. 67).

Desde ahí se comprende que ser laico marista “es una manera muy particular de organizar mi vida, nuestras vidas, siguiendo las intuiciones de Marcelino Champagnat, integrando eso a otras experiencias personales”. Significa compromiso con “una vida de simplicidad, humildad, presencia apostólica, espíritu de familia, y fidelidad al Evangelio en el contexto de mi vocación laica”. La vida laical es cuestión existencial, “vivir y ser unos valores muy sencillos a la vez que radicales y exigentes”, así como un ejercicio de autoconsciencia, de percepción del “foco para mi vida y un recordatorio constante de los valores maristas de la humildad, modestia y simplicidad”. Almeida (2006, p. 348) confirma que la vocación laical y la consciencia de ser laico están interrelacionadas, pues ambas se tornan la “vida en todas las dimensiones, en todos los lugares y tiempos, en todas las relaciones que la constituyen”.

Asumirse laico marista es consecuencia de la identificación personal con esta manera de vivir: “Yo era Marista antes de saber lo que eso significaba. Encontrar mi hogar espiritual en la comunidad marista dio sentido y propósito a mi vida. Es una gran bendición compartir mi vida y trabajo con otros que sienten lo mismo que yo.” El tiempo que los laicos pasan en los ambientes maristas, durante el horario de trabajo, por la noche o en los fines de semana, conforme a la necesidad, evidencia la identificación con la dinámica de ese espacio.

Esa vivencia se extiende también para otros espacios. Por ser “una forma de ser y vivir los valores del Evangelio, hoy y ahora”, que “condiciona mis acciones y opciones”, ser laico marista motiva a “vivir mi vida en el mundo conforme a la espiritualidad marista en mi capacidad como laico”. Hay una distinción entre el estilo de vida de los Hermanos y la forma de vivir el Carisma como laicos, que implica una opción de vida y “significa que escogí conscientemente vivir mi vida de una manera mariana. Eso influencia las interacciones y relacionamientos que tengo y las opciones de vida que hago.” Estaún (2014, p. 107) fundamenta esas implicaciones vocacionales: los laicos se comprenden y se sitúan en el mundo desde su opción laical porque “la existencia humana está definida por el propio ser-lanzado-en-el-mundo” y reconocerse en la propia vida “es modulado por un plan íntimo existencial”. Por ello, la elección consciente de vivir como laico marista se constituye como una opción fundamental de la cual derivan las otras opciones.

Croatto (2004, p. 42) señala que el vivir humano “oscila constantemente entre lo subjetivo y lo intersubjetivo o relacional”: el sujeto se torna quien es en la relación con otros sujetos. De ahí la dinámica relacional y comunitaria de la vida laical, el encuentro entre sujetos, con el tono específico del Carisma. El sentimiento de ser “acogida en una familia universal” lleva a “vibrar con el Marista y valorizar cada Hermano y Laico Marista”, pues “ser laica marista para mí es sentirme responsable y parte de mi familia marista”. Cada laico puede vivir “como cristiano por medio del soporte de una comunidad marista y de la espiritualidad que resuena fuertemente en mi espíritu”. Esa forma de vida comunitaria es organizada “en torno del espíritu de familia y viviendo y respirando nuestras características maristas de la manera de María, nuestra Buena Madre”, siguiendo su ejemplo de “atención a Dios y a los demás, su sabiduría y servicio”.

Aunque se reconozcan como comunidad eclesial, conforme visto anteriormente, se sienten más identificados con la forma marista de vivir juntos, pues “la comunidad eclesial es importante, pero la comunidad marista, cuando se reúne y celebra fe y vida, habla fuertemente de mi experiencia de conocer y comprender a Dios”. Paredes (2014, p. 41) confirma: la “forma peculiar de sentirse delante de Dios”, que caracteriza el Carisma, “nos sitúa en un espacio eclesial y social peculiar”, porque es matizado por las características carismáticas. La dimensión eclesial, poco destacada en las preguntas objetivas, es enfatizada como una consecuencia natural del sentido de ser laico marista.

### 7.3 Laicos, Hermanos y discipulado

La vida en comunidad trae la consciencia de “ser un Hermano para todos con quien tengo contacto”, lo que lleva a “ser presencia para los otros” y formar parte “de una comunidad que comparte sueños de construir un mundo mejor”. Una vez que “toda vocación cristiana nace en y para la Iglesia, y está al servicio del mundo” (EMM, 140), es propio del laico “vivir y compartir vida con los demás, alcanzar a los otros que necesitan de ayuda, responder a las necesidades de los Montagnes de nuestro tiempo y involucrarse con la misión”, “estar inserto y comprometido con la misión de Champagnat (hacer Jesús conocido entre los niños)”, tener “ojo y corazón para los más vulnerables” y colocarse como “una persona disponible para el trabajo junto a los niños abandonados”.

La misión de los laicos no es desarrollada aparte de los Hermanos: como las “respectivas vocaciones se iluminan mutuamente” (EMM, 17), ser laico implica reconocerse “compañero de misión de los Hermanos en las pastorales al servicio de los niños y jóvenes”, en una relación “de igualdad, responsabilidad compartida entre Hermanos y Laicos”. Para el grupo, no hay razón para la resistencia de algunos Hermanos – velada o explícita, pero constatada en varios espacios – para la presencia de los laicos en la misión, con el recelo de perder espacio o de ser sustituidos: “la comunión entre laicos y Hermanos contempla y enriquece nuestras vocaciones específicas y los diferentes estados de vida” (EMM, 79). La comunión es más que necesaria, pues “no sólo hay lugar para unos y otros en la mesa, sino que nos necesitamos mutuamente al lado” (ídem).

Llamado vocacional, vivencia comunitaria, compromiso con la misión y relaciones de comunión preestablecen un camino de discipulado “como cristiano, aceptando el llamado de Dios a la manera de Marcelino Champagnat”. El laico marista es “una persona que vive la espiritualidad de Champagnat”, “desde la propia realidad” y, compartiendo la misión y la manera de vivir maristas, enriquece la vida marista con “la pasión por dar a conocer Jesucristo y hacerlo amar por los jóvenes, especialmente los menos favorecidos”.

Esas aseveraciones resuellan el camino del discipulado cristiano diseñado por la Conferencia de Aparecida: encuentro con Jesucristo, conversión, discipulado, comunión y misión, aspectos fundamentales que “aparecen de manera diversa en cada etapa del camino” (DA, 278). El elemento específico es que, como la inspiración para ese camino cristiano tiene claro perfil mariano, el laicado marista debe “mostrar las actitudes de María en el todo, por medio del trato amoroso y formativo como el de una madre con su hijo”, por el “silencio orante de todo aquel que observa y escucha a cada día”, por la “disponibilidad absoluta para servir a los demás

y la confianza en Dios”. Una vez que “acogemos y transmitimos a María, en nuestro día a día, inmersos e implicados en un mundo en transformación” y “demostramos amor uno por el otro, con María como nuestra guía y compañera”, toda la forma de vivir de los laicos “habla de los modelos que son María y San Marcelino”. María es modelo de discipulado: “contemplamos la vida de nuestra Madre y Modelo para impregnarnos de su espíritu. Sus actitudes de discípula perfecta de Cristo inspiran y configuran nuestro ser y nuestro actuar” (Constituciones, 4).

#### **7.4 Laicado, Carisma Marista y felicidad**

Finalmente, el camino laical es también un camino de felicidad: “Ser laica es sentirme feliz por sentirme llamada a vivir el Carisma de Champagnat”. Felicidad ha sido, hace bastante tiempo, palabra sospechosa en la Iglesia, lo que explica la sorpresa provocada por el Papa Francisco (2013) al escoger la alegría como tema de su primera exhortación apostólica: “El Evangelio, donde deslumbra gloriosa la Cruz de Cristo, invita insistentemente a la alegría” (nº 5) y ésta puede “alentar y orientar en toda la Iglesia una nueva etapa evangelizadora, llena de fervor y dinamismo” (nº 17). Él convida a todo los fieles a “acoger, en medio de nuestro compromiso diario, la exhortación de la Palabra de Dios: ‘Alegraos siempre en el Señor. Os lo repito, ¡alegraos!’” (Flp 4,4) (nº 18).

Pagola (2012) afirma la felicidad como parte del proyecto de Jesús, que comienza “a ver todo desde la misericordia de Dios” (p. 104), pero en una perspectiva distinta de la predicación ascética de Juan Bautista: “la vida austera del desierto es sustituida por un estilo de vida festivo” (p. 105). Jesús “quiere poner a todos a bailar de alegría por causa de la misericordia de Dios” (p. 181), y un ejemplo de ello es la prostituta que, acogida por el Maestro, lava sus pies con el cabello porque “no sabe cómo expresar su alegría y agradecimiento” (ídem). Según una laica, “la convivencia diaria con Hermanos y Laicos/as Maristas me hace sentir participante de una comunidad; y compartir la vida con ellos/as me hace muy feliz. Abrir el corazón en esa comunidad es más importante y significativo para mí de lo que abrir las puertas de la casa”.

Según Sammon (2006, p. 90), Hermanos, Laicas y Laicos “hemos de luchar para que se nos reconozca ante todo por el gozo espontáneo de servir a Dios, la sencillez de vida y la presencia visible en medio de los más abandonados”. En la visión de los laicos, ese testimonio de felicidad es consecuencia de “seguir a Jesús por medio del Carisma Marista, con sencillez y alegría”, de manera que “vivir centrada en la persona de Jesús y su Evangelio y con ello ser testigo de Su amor por mí misma y por cada ser humano y obra de la naturaleza que exista”. No

es algo individualista ni relacionado exclusivamente a la realización personal, sino que tiene raíces en la convivencia, en la alegría de cumplir la misión y las tareas de ella derivadas, en el sentimiento de pertenencia, en el sentido amplio de comunidad y en la relación de comunión.

¿Por qué relacionar vocación laical, misión y ese sentimiento de felicidad? Porque ser feliz es la aspiración humana más básica, aunque los caminos para ella sean diversos. Los laicos indican la vida marista como uno de esos caminos. El documento *Agua de la roca* (nº 46) destaca la alegría que proviene del compartir: “Nuestros corazones suspiran por encontrar la felicidad, ansían creer que podemos hallar el amor y compartir las bendiciones de la vida”. Sammon (2005, p. 38) relaciona alegría y fraternidad: “una auténtica comunidad religiosa se orienta a la trascendencia más que a la plenitud personal”, lo que establece una relación entre el ser marista y la felicidad: “Se supone que nuestro modo de vida hace a la gente feliz”, siendo que felicidad no es “hilaridad”, sino un “profundo sentimiento de gozo experimentado por las personas en cuyas vidas hay sentido y objetivo, y que tienen compañeros maravillosos con quienes compartirlo” (Sammon, 2005, p. 69).

Ese sentimiento de felicidad tiene relación con el deseo propio del ser humano de pertenecer a una comunidad de referencia, ser reconocido por sus capacidades y nutrir su necesidad de afecto. Los laicos maristas afirman encontrar todo eso en su camino vocacional: “Me he sentido valorada y amada por mis hermanos y laicos maristas.” En esta opción de vida reconocen “la alegría que se vive en medio de las pequeñas cosas de la vida cotidiana, como respuesta a la afectuosa invitación de nuestro Padre Dios: ‘Hijo, en la medida de tus posibilidades trátate bien (...). No te prives de pasar un buen día. (Si 14,11.14)’” (Francisco, 2013, nº 4). La felicidad, en esta perspectiva, es una cuestión existencial relacionada a la colectividad y al compartir de vida.

## **8. Características del laicado marista, según los laicos**

La visión de los laicos y laicas confirma la comprensión del Instituto sobre el laicado marista. Mientras tanto, considerando la diversidad regional y cultural del grupo encuestado, fue preguntado cuáles elementos, desde la propia experiencia, identifican y caracterizan a los laicos y laicas maristas. Las respuestas traen varios elementos comunes a la concepción institucional, pero con énfasis distintos, que diseñan rasgos de la identidad marista laical desde los propios laicos.

La primera característica es la “consciencia de la vocación cristiana, vivida desde el carisma de Champagnat” y “de la manera de María”, con actitudes de servicio, simplicidad, acogida y presencia significativa entre niños y jóvenes. Los laicos son “cristianos que no pierden el centro de su vida, Jesús, y que logran manifestarse ante los demás a través de su cercanía, su trato amable y sencillo, su confianza puesta en Dios”; dan “testimonio cristiano desde la vida cotidiana y desde nuestra opción de vida”; y expresan el llamado de Dios “a través de un itinerario personal y comunitario”, integrando “en la vida la espiritualidad, la misión y la fraternidad”. Confirman, sin contradicciones, las afirmaciones del Instituto sobre sus laicos (cf. EMM, 12).

En lo referente a la misión, los laicos maristas son caracterizados por el deseo de ser “presencia significativa entre los niños, adolescentes y jóvenes”, “con una espiritualidad marista y un rostro mariano de la Iglesia”. Sintiéndose “muy unidos e identificados con la misión y con el carisma”, “son capaces de salir de su zona de confort para ayudar a otros sin descuidar su familia o entorno más próximo”. ¿Por qué hacen eso? Porque “son personas simples, de fuerte espiritualidad y capaces de compartir la vida en comunidad”, que “exhalan el calor de una familia” e “reconocen sus propias necesidades y las de los demás y por ello se mantienen en constante diálogo con Dios para descubrir Su voluntad y actuar según ella.

Para Turú (2015, p. 4) ese diálogo con Dios conduce necesariamente a la misión, ya que “Dios es misión. No que Dios tiene una misión, sino que *es* misión.” Paredes (2014, p. 40-41) recuerda que, en la reflexión teológica sobre la misión, “se dice – y con toda razón – que es la ‘Missio Dei’ [Misión de Dios] la que configura a la Iglesia y a la comunidad”, y esa configuración se da por medio de un “*ethos* compartido”, el Carisma, que “produce entusiasmo, afecta interiormente y aglutina”, una vez que “hay comunidad allí donde existe un *ethos* que congrega”. Los laicos confirman y acentúan el carácter comunitario de misionaridad: “Somos comunidad marista y desde ahí, queremos vivir y transmitir nuestra fe” de manera “encarnada en las cosas de este mundo”. Siendo “guiados por la pasión por los niños y por los jóvenes”, con “un profundo deseo de luchar por [sus] derechos”, ellos “ofrecen su experiencia, conocimiento y trabajo para alcanzar un bien común”.

Los laicos destacan, además de eso, el “sentido de pertenencia al carisma” como característica del laicado: viven las cinco características de la pedagogía marista – Presencia, Simplicidad, Espíritu de familia, Amor al trabajo y La manera de María – “tal como los Hermanos”. En esa pertenencia, la proximidad con los Hermanos es algo fundamental, pues

“aquellos que escogieron ser maristas y que, conscientemente, desean vivir y continuar el Carisma de San Marcelino Champagnat hacia al futuro” van a hacer eso “junto con los Hermanos y otros Maristas”, cultivando “la proximidad con los Hermanos, de todas las maneras”, así como “un sentido de comunidad y pertenencia a medida que avanzamos en la corresponsabilidad”.

La referencia para la corresponsabilidad hace eco del XXI CG, que la destacó “como elemento para el desarrollo de la vida, espiritualidad y misión maristas” (XXI CG, 2009, p. 36). No obstante, ese tema parece estar más resuelto entre los laicos de lo que entre gran parte de los Hermanos. Según los laicos, “el Laicado Marista es empoderado en el trato con las tareas” bajo su responsabilidad, y ese empoderamiento es consecuencia de un proceso formativo. Muchos Hermanos se resisten a reconocer la vocación laical como una señal de los tiempos para el Carisma, y no un mal necesario frente a la disminución del número de religiosos. Para los laicos encuestados, la cuestión es simple: “Somos corresponsables con los Hermanos por la misión”. Esto tiene connotaciones bastante concretas, y no apenas retóricas: “Yo me siento muy responsable por la armonía y vitalidad de la Comunidad, así como por el trabajo que nosotros, Hermanos y Laicos, estamos haciendo”. El desarrollo de la corresponsabilidad depende de las relaciones establecidas, de las interacciones entre Hermanos y Laicos en los espacios-tiempos de misión y del reconocimiento de la complementariedad vocacional, que son influenciadas favorablemente, o no, por la dinámica del espacio de trabajo: “Mi propia identidad y vocación marista han sido enriquecidas en estos últimos dos años en mi papel como coordinador de animación marista. Yo creo que la razón básica es que mi oficina está en una comunidad donde viven tres Hermanos.”

Finalmente, hay características personales que los laicos asocian a sí mismos: “Los laicos maristas nos identificamos por ser personas alegres, fraternas, sencillas, que aman la vida, que oran, que se forman y actualizan y que al igual que María están atentas al llamado de Dios en los signos de los tiempos, para estar prestos al servicio”. Son “personas muy fraternas y muy apostólicas”, que buscan “crecer espiritualmente” y ofrecer “su espíritu de servicio y su espiritualidad”; traen “los valores de la humildad y simplicidad en su manera de relacionarse con los otros y con la vida”; cultivan la simplicidad y el espíritu de familia, así como el “sentido de Comunidad, cuidado genuino, humor, entusiasmo por la vida, pasión por el trabajo”. En síntesis, son personas “con los pies en el suelo y sencillas. Hay una verdadera autenticidad en nuestra manera de estar con las personas. Auténtica y verdadera.” Es importante notar que las características, en su conjunto, se relacionan más al *ser* de que al *hacer*. Mismo enfatizando aspectos de la misión, confirman que ser laico marista extrapola la presencia en los espacios



maristas, las funciones ejercidas y las actividades desarrolladas: es cuestión de vocación, discipulado cristiano y opción de vida.

## **9. Contribuciones de los laicos para la vitalidad del Carisma Marista**

Los Hermanos fueron, por casi doscientos años, únicos herederos del legado de Champagnat, y la manera de vivir activamente el Carisma era solamente en la vida consagrada marista; las varias generaciones de Hermanos fueron transmitiendo la herencia de Champagnat y replanteándola a la luz de los cambios de contexto y de las nuevas necesidades educacionales, evangelizadoras, sociales, políticas y culturales. En cuanto a los estudiantes, profesores, colaboradores y padres de alumnos, aprendían los valores y la pedagogía más por osmosis y convivencia con los Hermanos de lo que por iniciativas desarrolladas con esa finalidad. Hoy los laicos son reconocidos como coherederos de ese legado y por lo tanto, co-responsables por su preservación y crecimiento; no hay todavía una tradición consolidada en el tiempo que permite visualizar con claridad las implicaciones de este nuevo lugar de los laicos. Por ello, cabe preguntar: ¿Qué aportan los laicos al Carisma, para mantenerlo vivo y respondiendo a las demandas de la contemporaneidad?

Preguntados a ese respecto, los laicos respondieron que “aportamos mucha cosa, así como los Hermanos”, en varios aspectos de la vida marista; destacan explícitamente los aportes a la relación entre Hermanos y Laicos, a la misión y a los procesos formativos maristas.

### **9.1 Relación de complementariedad y comunión entre Hermanos y Laicos**

Teniendo en cuenta las actitudes de los religiosos ante la presencia de los laicos en la misión compartida, Botana (2005, p. 17-19) identifica tres grupos: un primer “percibe esta supuesta expansión del carisma hacia los seculares como una estratagema de los propios Institutos y provincias religiosas que sufren escasez de vocaciones, para suplir con seculares la falta de religiosos en las obras apostólicas de la institución”; un segundo grupo, “con una perspectiva más positiva, considera que la participación de los seculares en el carisma y la misión de los religiosos es beneficiosa para los propios seculares y, por tanto, está bien favorecerla y acompañarla”, aunque “no deja de ser un fenómeno externo que no ha de afectar la vida y la organización de los religiosos”; en el tercer grupo “vemos aquellos religiosos y religiosas que saben leer la llegada de los laicos a la misión compartida como un signo del Espíritu Santo que

apunta a un cambio profundo en las relaciones internas eclesiales”, lo que os lleva a descubrir en ella “una llamada que va dirigida a los propios religiosos/as, para situarse en la Iglesia de otra forma, para entrar en una auténtica comunión con los demás cristianos en el nuevo ecosistema eclesial”.

En esta perspectiva, las primeras contribuciones de los laicos se dan en la relación con los hermanos. Los laicos y laicas creen que sean enriquecedoras “sus experiencias de vida, que son muy diferentes de aquellas de los Hermanos pero complementarias”. Mientras “la vida de los miembros de la comunidad está caracterizada por una uniformidad previsible, y lo mismo sucede en el modo como interactúan” (Sammon, 2005, p. 23) – son todos hombres, con formación semejante y experiencias de vida matizadas por la pertenencia institucional –, los laicos pueden traer diversidad de “género, edad y experiencias”, por causa de “sus varias experiencias de vida y habilidades de relacionarse con personas de todos los estilos de vida”. Esa interacción puede generar una “manera nueva de vivir la fraternidad, espiritualidad y la misión, permeada por las realidades de los laicos que tienen que ver más con sentido de la realidad cotidiana, de enfrentarse a lo vulnerable de la vida, a la inseguridad económica, a estructuras más flexibles y humanas”.

Así, la vida de los laicos, por no contar con el soporte institucional, puede ayudar a los Hermanos a “vivir en la incertidumbre de la lucha por la vida, la experiencia de familia, el contacto directo con realidades mundanas” y buscar “el contacto con la realidad en la que vivimos, la reflexión o punto de vista desde la vida laical”. La proximidad puede aportar una “nueva forma de vivir el carisma inserto en diferentes realidades, con diferentes ritmos y expresiones”, inclusive por la contribución de las mujeres laicas, que “traen una dimensión marial para el trabajo”. De esta forma es posible construir una “nueva relación fraterna que vas más allá de compartir cargos, implica compartir la vida, abrirse al otro, quitarse el ropaje de superioridad y reconocer que somos iguales en dignidad desde el bautismo”.

Otro aporte importante es el “comprometimiento con su propio crecimiento personal y espiritual”. Mientras algunos Hermanos se estancan en las mismas funciones institucionales y espacios de misión, muchos laicos se esfuerzan para desarrollar sus potencialidades, capacitarse más para las exigencias misionarias, crecer en humanidad y agregar ligereza y gratuidad a sus responsabilidades para con el Instituto. De esta forma, el compromiso personal con la formación permanente, incluyendo experiencias de formación conjunta y de comunión, posibilita la

creación de espacios comunes para que Hermanos y laicos crezcan juntos y en sintonía, estén más enteros en su opción vocacional y más integrados desde su lugar de misión.

Hay que cuidarse, ciertamente, para que la relación entre Hermanos y Laicos no confunda los papeles de cada uno: que no se piense en los laicos como sustitutos de los Hermanos, especialmente donde su número disminuye cada vez más, ni que adopten el estilo de vida propio de la vida consagrada; y que los Hermanos, en la convivencia con los Laicos, no se sientan disminuidos ni asuman el estilo de vida laical – lo que sería una gran pérdida para el Instituto y la Iglesia. Sammon (2006, p. 53) pondera que “es preciso que acojamos no sólo lo que nos une sino también lo que nos hace distintos”, pues “al acompañar a los laicos para que sigan más plenamente su llamada personal en la vida, seremos más conscientes de la gracia de nuestra propia vocación de consagrados”. Esa relación, una vez pautada en la armonía y en la complementariedad, no pierde de vista los elementos específicos de cada opción de vida y ni cede a la tentación de querer sustituir una por la otra.

## **9.2 Más vitalidad para la misión marista**

Como su vocación y opción de vida son distintas y complementarias en relación a las de los Hermanos, los laicos pueden ayudar “en la integración de las dimensiones de la misión”, por el compromiso demostrado; traer “nuevas contribuciones para el entendimiento del Carisma”, desde la manera cómo viven ese don de Dios en la vida laical; “ser compañeros en la espiritualidad, en la vida compartida, en los procesos de animación, gestión y gobernanza, en la realización de la misión”; y “dar soporte al trabajo de los Hermanos (...) y asegurar la continuidad de la misión marista hacia el futuro, ya que los Hermanos están envejeciendo”. En muchas provincias, especialmente en países europeos y en Canadá, el riesgo de desaparecer la misión marista es real si los laicos no la asumieran, pues, mientras son pocos los Hermanos – y de edad avanzada en su mayoría –, los laicos “somos muchos; si de verdad vivimos el carisma, seremos capaces de hacer que se transmita a otras personas y a otras generaciones como algo valioso y que merece ser heredado”. En esas regiones, la continuidad del legado de Champagnat está, literalmente, en las manos de los laicos. Ellos demuestran consciencia de eso y de su responsabilidad con que la vida marista no desaparezca, por eso se sienten impelidos a “compartir el Carisma Marista, vivirlo, contagiarlo”. Green (2014, p. 8) confirma que “el futuro del movimiento de la educación marista dependerá de su capacidad de atraer, asociar y mantener

personas unidas por una realización común, de manera adaptada a su tiempo, su cultura y sus circunstancias específicas”.

Hay aportes que van más allá de la perennidad institucional, que se deben al perfil de los laicos – “algunos traen habilidades técnicas que no son encontradas entre los Hermanos, pero sumamente necesarias para nuestra misión” – y al estilo de vida laical: por la diversidad de ambientes en que los laicos transitan, ellos no apenas “contribuyen para la diseminación y vivencia de los valores maristas en los ambientes en los que están”, como también “traen su riqueza de experiencias vividas, que son necesariamente diferentes de aquellas de los Hermanos”. Hay una gama de relaciones en la vida laical que puede ser contagiada por el Carisma, para que sean más humanas, fraternas, recíprocas. Asumiendo las características maristas, los laicos “nos convertimos en una verdadera fuente de energía e inspiración en los momentos ordinarios de la vida, a la medida que conectamos los elementos de la fe y de la vida de una manera muy natural. Esto puede darse en nuestras familias, con amigos o con nuestros compañeros de trabajo.” Es desde esas interacciones que “ofrecemos nuestra energía, pasión y amor a Dios”, “para que el espíritu de familia siga fomentando familias unidas que sean el núcleo que alimenta a cada ser humano, sintiéndose amado por sus padres y hermanos, empezando por su propia casa y luego procurando que cada persona con quien se relaciona, experimente el sentirse parte de una familia/comunidad que lo acoge y acompaña como una extensión de lo que tiene en casa”.

El mismo espíritu de familia lleva a la proximidad dialógica con los Hermanos: los laicos “deben empeñarse más para colaborar, estar en constante diálogo y discernir con los Hermanos en el espíritu de una familia”, así como acoger “la llamada de los tiempos dispersados alrededor del mundo, salir del confort de sus escuelas o instituciones maristas y llegar a los lugares del mundo donde se debe hacer que Jesús sea conocido y amado”. De esa forma, pueden diseñar “nuevas formas de vivir el carisma que lo enriquezcan y hagan posibles nuevas respuestas a las necesidades de hoy”. Los laicos pueden traer para el ambiente institucional “la creatividad y la audacia para asumir nuevos retos, la sencillez de vida y la simplicidad, que son necesarias para dejarse llenar de Dios” y contribuir para que espacios y estructuras institucionales estén al servicio de la misión marista como un todo, ya que “estamos llamados a tener un horizonte internacional en nuestras mentes y corazones” (XXI CG, p. 40).

Es acentuada la preocupación en “vivir los ideales de los ‘Maristas nuevos en misión’”, lema de la II Asamblea Internacional de la Misión Marista (Nairobi, 2014), y ayudar a los

Hermanos a hacer lo mismo, lo que significa “transponer los muros” institucionales, “buscar nuevas maneras de compartir nuestra misión con todos”, “ampliar el alcance del trabajo con los jóvenes necesitados” y “llegar a aquellos que no tengan necesariamente contacto con los Hermanos Maristas por nuestro tradicional pasado en las escuelas”. Los laicos pueden iluminar “una forma nueva de vivir el carisma los hermanos, una nueva forma que les invita a salir de sus zonas de confort y a ser antes hermanos que gestores y funcionarios”. Para Turú (2014, p. 5), el desapego y la disponibilidad para la misión deberían ser cultivados por todos los Maristas de Champagnat: “No sólo nos gusta imaginar a la Iglesia como una tienda, sino que aceptamos con alegría habitar en ella, con todo lo que eso significa de provisionalidad, de temporalidad, de adaptación, de vivir a la intemperie, pero también de acogida, de relación...”. Es el mismo sentido con el que el Papa Francisco se dirige a los consagrados, desafiándolos a ver su opción de vida “como certezas provisorias, situaciones nuevas, provocaciones en continuo proceso, constancias y pasiones gritadas por la humanidad contemporánea” (Congregación para los Institutos de Vida Consagrada, 2014, p. 5).

En suma, los laicos pueden aportar a la misión marista mayor amplitud de públicos, lugares y maneras de ser presencia junto a niños, adolescentes y jóvenes, especialmente aquellos que no están en las obras maristas y/o que demandan desplazamientos para otras realidades. Pero no harán eso solos: necesitan estar junto con los Hermanos, para que ambos crezcan en “colaboración y aporten una nueva relevancia para una llamada siempre renovada”. Hermanos, Laicas y Laicos, demostrando “apertura al espíritu” para discernir “la situación local y, en espíritu de oración, definir la acción”, pueden “encontrar estilos nuevos y creativos de educar, evangelizar, defender los derechos de los niños y jóvenes pobres, mostrándonos solidarios con ellos” (XXI CG, p. 40). Un cuidado necesario es hacer eso con la ligereza destacada por Turú (2015, p. 3): la misión es como el movimiento de una danza, “es como si Dios mismo fuese una danza de vida, de amor y de energía, que se mueve a través del mundo, invitando a participar en ella. Y cuantos más se unen a la danza, más personas se sienten atraídas a unirse.” Hermanos, Laicas y Laicos no sólo pueden, como deben juntarse en armonía, al ritmo de esta danza.

### **9.3 Procesos formativos que favorezcan la vivencia del Carisma**

La calidad de los aportes traídos por el laicado resulta de su proceso de formación, vivencia y conocimiento del Instituto. De ahí la necesidad de inversión “por medio de varios programas de formación” que le posibiliten a los laicos “profundizar la comprensión del Carisma

y entonces vivirlo”. El Carisma es vivido, sin dudas, pero también conocido, estudiado, profundizado... Por eso, “la formación de laicos y laicas que trabajan en las obras maristas” es condición *sine qua non* para que, “empoderados para compartir el Carisma y la Espiritualidad de Champagnat con otros jóvenes y adultos”, puedan “contagiar el amor a Jesús y a María, siendo ejemplo para sus compañeros y para los adolescentes”. Conocer y vivir el Carisma por osmosis no tiene más cabida en el tiempo presente. Por ello, los laicos que participaron de procesos formativos tienen condiciones de analizarlos críticamente y enriquecer los diversos itinerarios para que dialoguen con su estilo de vida (EMM, 157) y favorezcan el conocimiento, profundización y vivencia del Carisma.

La formación de los laicos es también una condición para la misión compartida: “siendo corresponsables, nosotros podemos proporcionar educación/formación, teniendo tiempo para actividades con niños, sacramentos, encorajar los niños sobre su propia educación y crecimiento, hospitalidad, espíritu de familia y cuidado pastoral”. Es necesario que los laicos sean preparados para lo que se espera de ellos; que los Hermanos estén en sintonía con esa demanda; y que los procesos sean comunitarios, vivenciales, integrales, integradores, favorezcan la toma de consciencia del lugar en el mundo y estimulen el compromiso con la justicia y la sustentabilidad (EMM, 159-162).

Eso vale para todos los procesos formativos, destacando las especificidades de cada uno. Que los procesos de los Hermanos favorezcan el desarrollo de una visión más amplia sobre el mundo marista y estimulen una relación de corresponsabilidad con los laicos; que los procesos laicales subsidien a los laicos para asumir su vocación y desempeñar un papel más asertivo en la vida del Instituto; y que los procesos de formación conjunta contemplen las peculiaridades de la vida consagrada, las especificidades de la vida laical y la interrelación entre ambas, en el espíritu de comunión necesario para el futuro del Instituto Marista (EMM, 156-158).

Para un laico, siendo laicos maristas "estamos en los hombros de gigantes"<sup>9</sup>: el reconocimiento y el énfasis actual sobre el laicado marista se debe a las personas extraordinarias que prepararon este camino. La frase también se refiere a la imagen de la canonización de Champagnat, "El gigante del amor", que lleva a un niño sobre sus hombros. Como bien resumió un otro, “Laicos y Laicas aportan vitalidad al Carisma Marista viviendo su vocación específica y relacionándola con la vocación del Hermano; viviendo el Carisma y testimoniándolo en su

---

<sup>9</sup> Metáfora atribuida a Bernardo de Chartres, filósofo neoplatónico del siglo XII, y popularizada por Isaac Newton (1642-1726) para reconocer que los avances científicos de su tiempo deben mucho a la contribución de sus predecesores.

forma de ser, en la vida fraterna, en la espiritualidad y en la misión; estando disponibles para la acción del Espíritu de Dios y ayudando otros en su proceso vocacional”.

Concebir el lugar del laicado de manera tan proactiva es realidad palpable en algunas Unidades Administrativas, distante en otras y desafiantes en unas terceras. Sin entrar en la discusión de cómo eso se dará, concretamente, todo indica que el camino diseñado por el Instituto Marista para su laicado es que Laicos y Laicas puedan, en la expresión de una laica, “tomar su lugar como connutridores del Carisma”. El neologismo, creado en el sentido de dar la idea de nutrir conjuntamente, señala que la vivencia laical marista consiste en no sólo alimentar en el Carisma su vocación, misión y opciones de vida, sino también aportarle vitalidad, hacerlo crecer y proporcionar a otras personas la oportunidad de encontrar en ese don de Dios un sentido para sus vidas. Las elaboraciones de hombres y mujeres laicos acerca de su experiencia marista, así como los significados atribuidos a partir de la misión, la vida compartida y espiritualidad, se pueden agrupar en torno a esta visión. Hay aquí una nueva clave de lectura para comprender quién son los laicos maristas, cómo viven el carisma en la opción de vida laical, cuál es su lugar dentro del mundo marista, cómo se perciben en él, cómo pueden inspirar a otros a hacer lo mismo y cuáles perspectivas apuntan hoy para el presente y para el futuro del Instituto Marista.

### **Consideraciones finales**

Una primera constatación, después del análisis y discusión de los datos, es que los laicos y laicas encuestados demuestran conciencia de su condición laical y de las implicaciones de ella derivadas; cultivan su vocación en las tareas que desempeñan, en las relaciones que establecen y en el estilo de vida que adoptan; consiguen situarse en el Instituto, desde la Unidad Administrativa, y lanzar una mirada amplia, crítica y prospectiva sobre la vida marista en el mundo. Refrendan que las tres dimensiones – la misión, la vida compartida y la espiritualidad – realmente caracterizan e identifican al laicado marista. Aunque las tres sean igualmente importantes e interrelacionadas, la misión parece ser el camino más común para la descubierta y vivencia de la vocación laical. Mismo que el primer contacto con el Carisma se dé inicialmente por medio de la colaboración profesional, posibilita la descubierta de sus componentes y la identificación con el modo marista de hacer educación, evangelización, solidaridad y *Advocacy*.

La misión, comprendida de manera más amplia de lo que la función laboral ejercida en la UA, es significativa por varias razones: por la presencia junto a los niños, adolescentes y jóvenes, así como por la acción educativo-evangelizadora desarrollada con ellos; por el sentido

de realización personal, profesional y cristiana en el trabajo; por la interacción humana en el espacio profesional, en otros espacios maristas y en las diversas esferas de relacionamiento; por lo concreto de esta forma de discipulado cristiano; por la formación y crecimiento personal, conocimiento de otras realidades y ampliación de la visión de mundo; y por la construcción de relaciones interpersonales y de vínculos afectivos. Reconociéndose, personal y profesionalmente, en los espacios de la misión marista, se asumen como corresponsables por su continuidad. Según los laicos, todos esos elementos identifican y caracterizan su manera de contribuir con la misión legada por Champagnat.

Tan importante como el desarrollo de la misión es la vida compartida con compañeros de trabajo, familiares, amigos, otros laicos y laicas y con los Hermanos. La vida es compartida en el espacio de trabajo, en el ambiente familiar, en las relaciones interpersonales, en los lugares de la misión, en la comunidad marista y en la comunidad eclesial. Es favorecida por las afinidades e por el tiempo pasado juntos, debido al trabajo, formación, apostolado, oración y convivencia en los ambientes maristas y en otros. El compartir de vida es también factor de crecimiento para la vocación laical, la misión compartida, la vida de fe y el sentido de pertenencia institucional.

La vida compartida con los Hermanos no es común a todos los laicos. Algunos relatan distanciamiento o resistencia de los Hermanos, mismo habiendo convivencia frecuente, mientras otros viven relaciones verdaderamente fraternas, recíprocas y de crecimiento mutuo, especialmente desde los vínculos establecidos en la misión y en la vida comunitaria. La convivencia contribuye también para minimizar posibles resistencias y favorecer la creación de lazos afectivos, la profundización de las vocaciones específicas, el sentido de complementariedad entre ellas y la relación de corresponsabilidad y comunión entre Hermanos, Laicas y Laicos.

Tanto la misión como la vida compartida alimentan una espiritualidad del cotidiano, afectiva y relacional, sencilla y fundada en una experiencia significativa del amor de Dios y del seguimiento de Jesús. La misión marista es reconocida como una forma de apostolado cristiano, teniendo como referencia a Champagnat y su discipulado misionero. María, vista más como discípula de que como objeto de devoción, inspira un estilo de vida sencillo y coherente con los valores maristas. Los laicos se refieren tanto al Fundador como a la Buena Madre en diversas circunstancias, no sólo en lo referente a la espiritualidad. Alimentan la vida de fe en momentos individuales y colectivos de oración, meditación, lectura, reflexión y el compartir; así como en la convivencia, en el apostolado y en los acontecimientos del día a día. Destacan la importancia



de la interioridad y del silencio para cultivar la relación con Dios, las opciones de vida, las relaciones interpersonales y el propio sentido de ser laico marista. Confirman, de esta forma, que la espiritualidad marista es sencilla, práctica, cotidiana, sin complicaciones.

El grupo encuestado tiene consciencia de su importancia para la vida del Instituto, demostrada en varias situaciones. En las Unidades Administrativas en que la mayoría de los Hermanos es de edad avanzada, y no hay Hermanos jóvenes ni en proceso de formación, reconocen que la presencia de laicos en la misión es no sólo necesaria y enriquecedora, sino fundamental para la perennidad institucional. Algunos asumen funciones que, hasta entonces, eran ejercidas exclusivamente por los Hermanos, y no relatan conflictos derivados de eso; y esa presencia suple, en la convivencia, la necesidad de afecto, contacto humano y cuidado de los Hermanos, especialmente de los de más edad.

En las otras UA's, los laicos destacan que su presencia en la vida marista es importante por varias razones: aportan contribuciones advenidas de los otros ambientes en que transitan, en general más variados que los de los Hermanos; contagian con el espíritu marista esos espacios donde se hacen presentes; sienten menos que los Hermanos el peso de la vinculación institucional y, por eso, viven con más ligereza la opción de vida marista; demuestran disponibilidad de desplazamiento misionario para donde la presencia marista es más necesaria; y, conviviendo con los Hermanos y compartiendo la misión, construyen relaciones de interdependencia, corresponsabilidad y reciprocidad, enriqueciendo mutuamente sus respectivas vocaciones y opciones de vida.

Sobre el sentido de ser laico marista, reconocen que se fundamenta en el llamado vocacional, en la identificación con el Carisma y en la opción por vivirlo en el día a día. De ahí proviene un estilo de vida coherente con los valores maristas, en las diversas esferas de la vida; la corresponsabilidad por la vida del Instituto, en lo que se refiere a la misión, vida comunitaria, espiritualidad, formación de personas, gestión, atención a nuevas demandas y llamadas, presencia en las diferentes realidades y continuidad del legado marista para otras generaciones; y el compromiso con la propia formación y vivencia, en vista de cumplir bien lo que les compete y testimoniar su opción por vivir como laicos maristas.

Esa opción de vida presenta elementos comunes y específicos en relación a la vivencia de los Hermanos. Son específicos, el estilo de vida derivado de la opción vocacional, desarrollada predominantemente en el espacio institucional, para los Hermanos, y en espacios variados, inclusive en la constitución de la familia, para los laicos; la dinámica de los procesos formativos,

sistematizados y con etapas definidas (Hermanos) y más fluidos, poco sistemáticos y, en muchas UA's, incipientes o en proceso de construcción (Laicos); la forma de vida comunitaria, la mayor parte en la comunidad religiosa y en otros espacios maristas (Hermanos) y en grupos formales e informales, relaciones interpersonales y comunidades de formatos variados (Laicos); y las funciones institucionales: gestión y gobierno, así como deliberaciones institucionales, están bajo responsabilidad de los Hermanos, en la mayoría de los casos, mientras los laicos asumen tareas de animación, desarrollo de iniciativas diversas y presencia junto a los interlocutores de la misión.

Respecto a los elementos comunes en la vivencia del Carisma, se destacan la espiritualidad apostólica, mariana, fundada en la experiencia del Dios Amor y alimentada en el día a día de la misión, en las relaciones y en la convivencia; la vida en comunidad, en los espacios donde se hacen presentes cotidianamente; la necesidad de una nueva relación entre Hermanos, Laicas y Laicos, construida en torno del Carisma y en vista del futuro de comunión; y el sentimiento de ser también herederos de Champagnat, con vinculaciones diferentes y la misma responsabilidad por conocer, vivir, mantener vivo y transmitir ese legado a otras generaciones.

¿Estas conclusiones son generales para todos los Hermanos, Laicos y laicas? Ciertamente no. Mismo con la concepción común sobre el laicado marista, es grande su diversidad, en lo que se refiere a tiempos y formas de presencia en la vida del Instituto, conocimiento de la historia marista, tradiciones religiosas, experiencias vitales, maneras de contribuir con la misión, relación con los Hermanos, edad, género, inserción eclesial, lugar en el itinerario vocacional laical y en el propio proceso de asumir el Carisma como parte de su vida. El grupo encuestado tiene una vivencia, formación y autoconsciencia laical que gran parte de los laicos maristas, todavía en proceso vocacional y formativo, está por alcanzar. Pero evidencia los frutos de un proceso laical vivido de manera consciente y libre, desde una opción personal, y señala algo de cómo será el nuevo comienzo propuesto por el Instituto, teniendo como marco el año del bicentenario: las vocaciones religiosas y laicales, así como los itinerarios definidos para desarrollarlas, aportan contribuciones distintas para la continuidad de la vida marista. Por eso, aunque se perciban limitaciones, resistencias y dinámicas distintas en el desarrollo de los itinerarios formativos y en la construcción de la comunión entre Hermanos, Laicas y Laicos, llegará un tiempo en que éstos serán identificados no por lo que los diferencia sino por que los une en torno del Carisma de Champagnat.

## Referencias bibliográficas

- Almeida, J. A. (2006). *Leigos em quê? Uma abordagem histórica*. São Paulo: Paulinas.
- Boff, L. *A dimensão do profundo: o espírito e a espiritualidade*. Disponible en <https://leonardoboff.wordpress.com/2012/08/27/a-dimensao-do-profundo-o-espírito-e-a-espiritualidade/>
- Botana, A. (2008). *Compartir carisma y misión con los laicos. La familia evangélica como horizonte*. Cuadernos de formación permanente para religiosos (Vol. 62). Vitoria-Gasteiz: Instituto Teológico de Vida Religiosa.
- Brighenti, A. (2006). Algumas coordenadas teológicas em torno ao discipulado e à missão na América Latina hoje. *Encontros teológicos* nº 45, pp. 9-35.
- Concílio Ecumênico Vaticano II. (2102). *Lumen Gentium: Constituição dogmática sobre a Igreja*. São Paulo: Paulinas. 23ª ed.
- Concílio Ecumênico Vaticano II. (1965). *Apostolicam Actuositatem*. Disponible en [http://www.vatican.va/archive/hist\\_councils/ii\\_vatican\\_council/documents/vat-ii\\_decree\\_19651118\\_apostolicam-actuositatem\\_po.html](http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_decree_19651118_apostolicam-actuositatem_po.html)
- Congregação para os Institutos de Vida Consagrada e as Sociedades de Vida Apostólica. (2014). *Perscrutai*. São Paulo: Paulinas.
- Conselho Episcopal Latino-Americano. (2007). *Documento de Aparecida. Texto conclusivo da V Conferência Geral do Episcopado Latino-Americano e Caribe*. São Paulo: Paulinas.
- Croatto, J. S. (2004). *As linguagens da experiência religiosa. Uma introdução à fenomenologia da religião*. São Paulo: Paulinas. 2ª ed.
- Estaún, A. M. (2012). La Familia Marista según el Hermano Virgilio León. *Cuadernos Maristas*, nº 30, pp. 7-43.
- Estaún, A. M. (2014). *Pedagogia da presença marista*. Curitiba: Grupo Marista.
- Francisco, Papa. (2013). *Evangelii Gaudium – A alegria do Evangelho: sobre o anúncio do Evangelho no mundo atual*. Petrópolis: Loyola.
- Furet, J. B. (1999). *Vida de José Benito Marcelino Champagnat*. Roma: Instituto de los Hermanos Maristas. Disponible en <http://www.champagnat.org/510.php?a=1a&id=2725>
- González Rey, F. (Org.). (2005). *Subjetividade, complexidade e pesquisa em psicologia*. São Paulo: Pioneira Thomson Learning.
- González Rey, F. (2005). *Pesquisa qualitativa e subjetividade. Os processos de construção da informação*. São Paulo: Pioneira Thomson Learning.

- Green, M. (2015). *La educación marista desde 1993: su vitalidad y su potencial para la creación de una nueva realidad*. Colección Carisma y principios educativos maristas (Vol. 3). Curitiba: Champagnat.
- Instituto de los Hermanos Maristas. (1993). *Actas del XIX Capítulo general*. Roma: Instituto de los Hermanos Maristas. Disponible en [http://www.champagnat.org/shared/documenti\\_maristi/CapituloXIX\\_Actes\\_ES.doc](http://www.champagnat.org/shared/documenti_maristi/CapituloXIX_Actes_ES.doc)
- Instituto de los Hermanos Maristas. (1996). *Constituciones y estatutos*. Roma: Instituto de los Hermanos Maristas.
- Instituto de los Hermanos Maristas. (2001). *Documento final del XX Capítulo general*. Roma: Instituto de los Hermanos Maristas. Disponible en <http://www.champagnat.org/203.php?caso=xxdocumentos>
- Instituto de los Hermanos Maristas. (2003). *Misión educativa marista: Un proyecto para hoy*. Roma: Instituto de los Hermanos Maristas. Disponible en <http://www.champagnat.org/000.php?p=129>
- Instituto de los Hermanos Maristas. (2007). *Agua de la roca: espiritualidad marista fluyendo de la tradición de Marcelino Champagnat*. Roma: Instituto dos Irmãos Maristas.
- Instituto de los Hermanos Maristas. (2009). *Documento final del XXI Capítulo general*. Roma: Instituto de los Hermanos Maristas. Disponible en [http://www.champagnat.org/203.php?caso=xxidocumentos\\_view&id=31](http://www.champagnat.org/203.php?caso=xxidocumentos_view&id=31)
- Instituto de los Hermanos Maristas. (2009). *En torno a la misma mesa. La vocación de los laicos maristas de Champagnat*. Roma: Instituto de los Hermanos Maristas.
- Lanfrey, A. (2015). *Marcelino Champagnat y los primeros hermanos maristas 1789-1840: tradición educativa, espiritualidad misionera y congregación*. Colección Carisma y principios educativos maristas (Vol. 1). Curitiba: Champagnat.
- Moral Barrio, J. J. (2015). *La vitalidad del paradigma educativo marista (1840-1993)*. Colección Carisma y principios educativos maristas (Vol. 2). Curitiba: Champagnat.
- Pagola, J. A. (2012). *Jesus: aproximação histórica*. 5ª ed. Petrópolis: Vozes.
- Paredes, J. C. R. G. (2014). !Comunidad! algunos apuntes. *Vida Religiosa*, vol. 117, nº 6, p. 39-43.
- Sammon, S. (2003). *Una revolución del corazón. Espiritualidad de Marcelino e identidad de sus Pequeños Hermanos de María en el tiempo presente*. Roma: Instituto de los Hermanos Maristas.
- Sammon, S. (2005). *Compañeros maravillosos. La vida comunitaria entre los Pequeños Hermanos de María*. Circulares (Vol. XXXI, nº 2). Roma: Instituto de los Hermanos Maristas.

- Sammon, S. (2006). *Dar a conocer a Jesucristo y hacerlo amar: la vida apostólica marista hoy*. Circulares (Vol. XXXI, n° 3). Roma: Instituto de los Hermanos Maristas.
- Sammon, S. (2009). *En sus brazos o en su corazón. María, nuestra Buena Madre – María, nuestra fuente de renovación*. Circulares (Vol. XXXI, n° 5). Roma: Instituto de los Hermanos Maristas.
- Secretariado de Laicos Maristas. (2012). *La apertura creciente a los laicos y el proceso de comprensión del nuevo modo de ser hermano*. Disponible en <http://www.champagnat.org/330.php?a=2&id=4229>
- Turú, E. (2012). *Nos dio el nombre de María*. Circulares (Vol. XXXII, n° 1). Roma: Instituto de los Hermanos Maristas.
- Turú, E. (2014). *El futuro tiene un corazón de tienda*. Carta del Superior General. Roma: Instituto de los Hermanos Maristas.
- Turú, E. (2015). *Montagne: la danza de la misión*. Carta del Superior General. Roma: Instituto de los Hermanos Maristas.
- Vygotsky, L. S. (2009). *A construção do pensamento e da linguagem*. 2ª ed. São Paulo: Editora WMF Martins Fontes.